

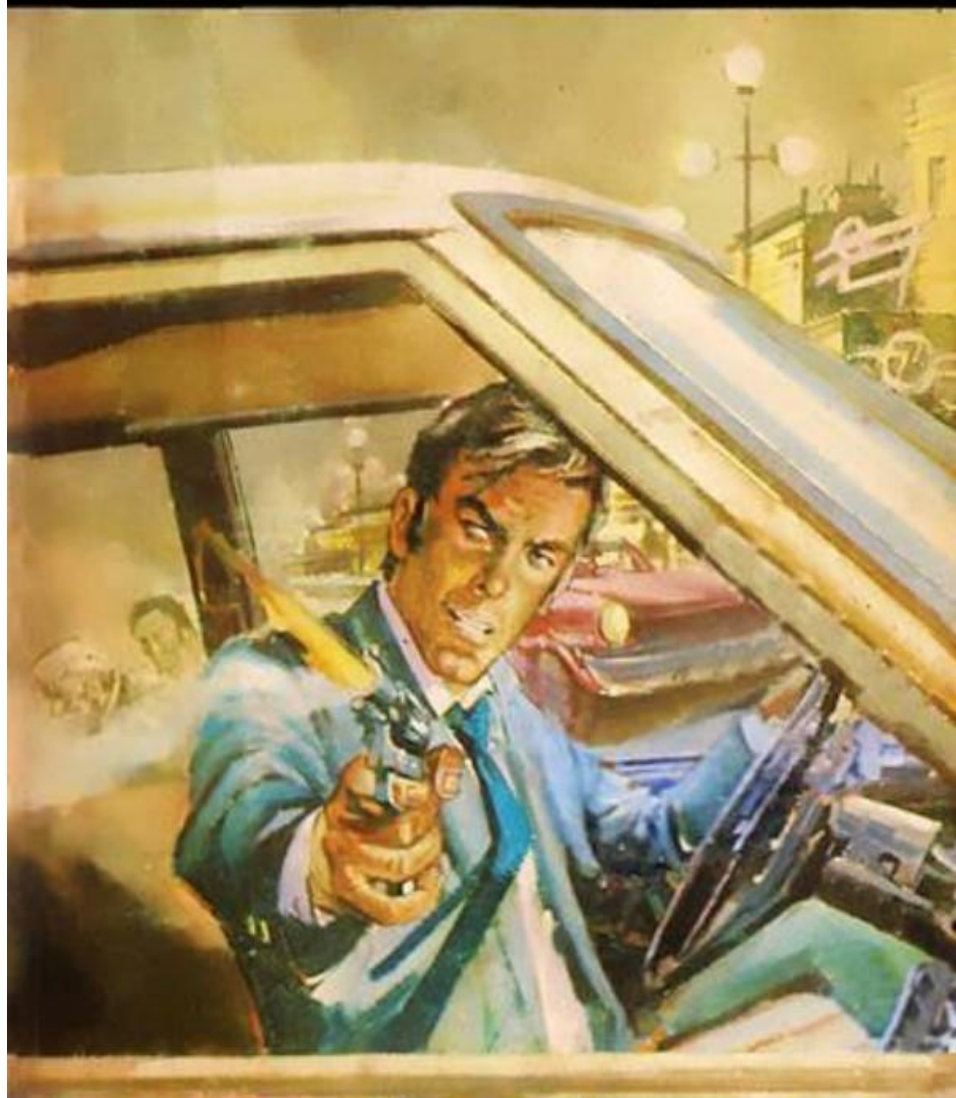
BOLSILIBROS BIRQUERA

SS

SERVICIO SECRETO

EL RELOJ DE LA HORA FINAL

Clark Carrados



SS

SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.621 — El rancho vacío.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.473 — Bala fundida en oro.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

828 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

872 — Los zorros.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

EL RELOJ DE LA HORA FINAL

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1486
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 8402025117

Depósito legal: B 38029 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición, enero. 1979

© Clark Carrados - 1979

texto

© Miguel García - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

ESTABA solo en el despacho. Era la única persona despierta en aquellos momentos. Reginald Purvis Holmorton se había quedado en su lujoso gabinete de trabajo después de cenar, a fin de resolver algunos asuntos que requerían inapelablemente su atención.

El silencio era absoluto, roto únicamente en ocasiones por el distante murmullo de las olas que rompían sin demasiada fuerza contra las rocas de la costa. Toda la servidumbre se había retirado a descansar hacía rato.

La mesa era grande y, en uno de sus ángulos, había un costoso reloj calendario, de metal sobredorado y de buenas dimensiones. En el costado opuesto había una pantalla de televisión, con objetivo para una cámara que recogiese las imágenes en el momento de su funcionamiento. También había un teléfono.

De cuando en cuando, Holmorton hacía una ligera pausa en su tarea, para dar una chupada al cigarro habano encendido no hacía mucho. Era un hombre, de unos cincuenta años, recio, fornido, de mandíbulas cuadradas y ojos penetrantes. Todavía conservaba buena parte de su apostura física. En cuanto a sus facultades mentales, había pocos que le superasen en agudeza en el intrincado mundo de los negocios en que se desenvolvía. El imperio Holmorton movía muchos millones de dólares y no podía estar dirigido por un incapaz.

Fuera de la casa, dos guardas, con perros amaestrados, patrullaban constantemente en torno a la mansión. A pesar de la protección que Holmorton había concebido para sí y su esposa, no se fiaba y mantenía un costoso servicio de vigilancia las veinticuatro horas del día. Los guardias tenían orden rigurosísima de disparar a matar, sin previo aviso.

Aunque, por otra parte, muchos consideraban que era

innecesario. Nadie que no contase con la autorización pertinente podía llegar hasta la residencia de Holmonton.

Por tanto, Holmonton se sabía razonablemente seguro y a salvo de atentados. A menos que le bombardeasen desde el aire, y si no le acertaban a la primera, ya no habría segunda oportunidad, porque entonces estaría en el refugio antiatómico construido al mismo tiempo que la casa.

Pero Holmonton estaba equivocado. Su seguridad ya no existía.

De repente, sonó el teléfono.

Holmonton se sobresaltó ligeramente. De forma maquinal, lanzó una mirada al reloj de sobremesa. Marcaba las once y cincuenta y nueve minutos.

El teléfono continuaba sonando. Holmonton tenía subordinados que podían llamarle a cualquier hora del día o de la noche, aunque si lo hacían en momentos intempestivos, debían justificar muy bien su llamada. Tales eran las órdenes para sus ejecutivos de más rango.

Al fin, tras una ligera vacilación, levantó el aparato. Una voz resonó en su oído de inmediato:

—Holmonton, mira el reloj que tienes a tu izquierda. Marca las once y cincuenta y nueve minutos y treinta segundos. Fíjate bien, mira bien ese reloj, porque... ¡es el reloj de tu hora final!

—Pero, ¿quién diablos? —barbotó el dueño de la casa—. ¿Qué clase de broma pesada es esta?

—Mira el reloj, míralo —insistió el desconocido—. Ya solo faltan diecinueve segundos.

—Usted está loco —gritó Holmonton—. ¿Quién es? Dígame...

—Diez segundos. Las doce en punto de la noche será tu hora final. Cinco segundos, cuatro... tres... dos... uno...

Holmonton, vagamente alarmado, empezó a levantarse. La explosión lo alcanzó de lleno, proyectando su cuerpo contra la pared que tenía a sus espaldas.

* * *

Con el cigarrillo pendiente de la comisura de los labios, Mike Gleason se detuvo al final de la carretera privada que, mediante puentecillos de cemento, sallaba de roca en roca, hasta enlazar la costa con aquella curiosa islita que alguien, hacía muchísimos años, había bautizado con el nombre de Pyramid Island. Realmente,

parecía una pirámide, aunque mucho mayor que las conocidas egipcias, si bien de laderas menos empinadas y, al contrario que las construidas por los faraones con granito y sudor de esclavos, cubierta de frondosa vegetación.

La isla, calculó Gleason, se elevaba unos ochenta metros sobre el nivel de las aguas y medía unos cuatrocientos metros de diámetro. En la cúspide, allanada a fuerza de máquinas y explosivos, se alzaba la vivienda, casi oculta por los árboles, trasplantados la mayoría de ellos a costes que se le antojaron de fábula. Gleason adivinó también otras construcciones auxiliares y una torre que parecía de vigilancia, artísticamente decorada pero que, además servía para contener un depósito de agua potable.

Se preguntó por qué le habría llamado Faith Holmonton, la viuda del hombre muerto casi un año antes. Conocía a la mujer por fotografías vistas en semanarios. Sabía que aún era joven —unos treinta y cinco años—, muy guapa e inmensamente rica. No hubiera podido añadir mucho más, si alguien le hubiese preguntado por ella.

El camino se interrumpía bruscamente por una extraña construcción que le dejó atónito. Entre el lugar en que se hallaba y la costa de Pyramid Island había un espacio de veinte metros. Al otro lado, divisó dos potentes torres que sostenían un puente levadizo.

—Como en la Edad Media, en un castillo —murmuró para sí, a la vez que alguien, al otro lado, hacia funcionar el potente motor eléctrico que permitía la bajada del puente.

Cuando vio que iba a tener el paso libre, se dispuso a subir a su coche, del que se había apeado al ver la señal de STOP situada poco antes del borde. Entonces, alguien gritó:

—¡No vuelva a su coche! ¡Permanezca donde está!

Gleason cerró la portezuela y esperó. A los pocos segundos, tres hombres uniformados, en mangas de camisa, con rifles dos de ellos y todos con sendos revólveres, avanzaron hacia él. Uno, que parecía ser el jefe, le miró fijamente.

—¿Gleason?

—Sí.

—La señora Holmonton le envió una tarjeta. Enséñela.

—Claro.

Gleason sacó la tarjeta. El jefe de vigilantes sacó a su vez una lupa y escrutó minuciosamente cierta zona de la cartulina. Al fin, hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, usted es Gleason. Pero, permítame.

Gleason soportó en silencio el minucioso registro. Mientras el jefe de vigilantes realizaba la operación, los dos guardias le encañonaban con sus rifles.

—Está bien —dijo el jefe de vigilantes—. Puede llamarme Casey.

—Gracias, Casey.

—Sígame. Vosotros dos, ocupaos del coche.

Gleason echó a andar detrás de Casey. De pronto, cuando estaba a mitad del puente, vio una aleta triangular que rasgaba velozmente la superficie del agua.

—Tiburones como medio de protección, ¿eh? —dijo en tono trivial.

—Hay, además, otros sistemas —contestó Casey secamente.

—No parece que le sirvieran de mucho al señor Holmanton.

Casey endureció su gesto. Gleason dedujo que el hombre se sentía ofendido porque alguien había traspasado las defensas de la isla, llegando hasta el propio despacho de Holmanton para prepararle la trampa mortífera que lo había despedazado.

Al final del puente, había un cochecito eléctrico, con dos filas de asientos. Casey se sentó en uno de los posteriores.

—Conduzca usted, Gleason. Ya sabe lo que son estos coches, supongo.

—Sí, acelerador y freno —contestó Gleason.

El coche avanzó por una carretera en espiral, situada bajo una bóveda de verdor. Con gran sorpresa por su parte, observó que no había tapias ni vallas alrededor del conjunto de edificios que componían la residencia de Faith Holmanton.

De pronto, Casey dijo:

—Pare.

Gleason frenó. Casey se apeó.

—Siga, dé la vuelta a la esquina y deténgase en la explanada que hay junto a la piscina.

—Usted se queda —sonrió Gleason.

—No se preocupe por mí —se despidió Casey ásperamente.

Gleason pisó de nuevo el acelerador. La piscina, observó

segundos después, parecía un pequeño océano. Incluso, en uno de sus lados, tenía una diminuta playa artificial. «Lo que puede el dinero», masculló entre dientes.

Detuvo el cochecillo. La explanada, cubierta enteramente de césped, con un par de mesas, sombrillas, sillas y hamacas de vivos colores, parecía desierta. De pronto, Gleason observó un movimiento en el agua.

Una forma blanca se deslizaba perezosamente en el líquido verdoso. La mujer se volvió de pronto para nadar de espaldas. Gleason vio que estaba completamente desnuda.

Tragó saliva. Ella le vio y agitó levemente una mano.

—¿Gleason? —preguntó.

—El mismo, señora.

—Sírvase de beber a su gusto. Saldré enseguida —dijo ella.

Gleason se acercó a una mesa, protegida por una gran sombrilla. Vio botellas de todas clases, vasos y un gran recipiente que contenía cubitos de hielo. Puso una dosis de escocés en un vaso y añadió un par de trozos de hielo. Entonces oyó de nuevo la voz de la señora Holmanton:

—Otra de lo mismo para mí, señor Gleason.

—Sí, señora.

Ella se acercó a la mesa, sin importarle lo más mínimo su desnudez. Gleason, cortés, mantuvo la vista apartada de aquel hermoso cuerpo, que adivinaba de carnes duras y prietas como las de una adolescente. Segundos después, apreció que Faith Holmanton se envolvía en una toalla.

—Es usted muy discreto —comentó Faith—. ¿No le gustan las mujeres?

—Sí, pero no cuando trabajo —respondió él—. Porque supongo que su llamada se debe a asuntos de trabajo. ¿O estoy equivocado?

—No, no está equivocado —dijo la mujer—. Señor Gleason, le he llamado porque quiero que encuentre al asesino de mi esposo. Por conseguirlo, le pagaré cien mil dólares, más los gastos. Ahora, naturalmente, le daré un anticipo... digamos cincuenta mil. ¿Le satisface mi propuesta?

Gleason despachó de un golpe el contenido de su vaso.

—Trataré de esforzarme en pensar que estoy despierto y no sueño —dijo. Sacó cigarrillos y ofreció a la dueña de la casa—.

¿Tanto le interesa a usted encontrar al asesino de su esposo, cuando la policía, con medios infinitamente superiores a los míos, no lo ha conseguido en casi un año?

—Aún no ha contestado a mi proposición. ¿Acepta o no acepta?

Gleason dudó un instante. Sus ojos estaban fijos en el hermoso rostro de la mujer. «Odia al asesino», pensó.

Y ella pareció adivinar sus pensamientos, porque dijo:

—Sí, odio a muerte al que mató a mi esposo.

CAPÍTULO II

GLEASON volvió a ponerse más whisky, aunque ahora lo consumía a pequeños sorbos. Faith se había sentado en una butaca de mimbre y tenía las piernas cruzadas.

—El servicio de vigilancia, me parece —dijo él por fin—, es perfecto. ¿Cómo, entonces, pudieron colocarle un potente explosivo en su despacho?

—El televisor no funcionaba correctamente. Mi esposo avisó a su instalador, hombre de su entera confianza. Se conocían desde sus tiempos mozos y, a pesar del encumbramiento de mi marido, la amistad se mantuvo intacta. Tuvo que hacerlo el operario que fue enviado a reparar el televisor.

—Ah, no lo hizo el amigo de su esposo. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Rockie Channing —respondió Faith. Parece ser que se sentía indispuerto aquel día y envió al único operario que tenía en su taller. Sé que habló con mi marido y que le dijo que confiaba en él absolutamente.

—Esa confianza se vio traicionada —comentó Gleason—. Bien, usted sospecha del operario.

—Que fue la mano ejecutora. El que inspiró el crimen fue otra persona, y a esta es a quien quiero que encuentre usted.

—Es decir, un crimen contratado.

—Exactamente.

—¿Conoce el nombre del operario?

—No. Channing se lo dirá cuando vaya a hablar con él. Dígale que le envió yo.

—Muy bien. ¿Estaba usted en la casa cuando murió su esposo?

—Sí, ciertamente, y me había dormido ya —Faith cerró los ojos un instante y, bajo la toalla, su pecho opulento palpitó con

violencia—. Todavía, a veces, me despierto horriblemente sobresaltada. Creo que nunca se borrará de mi mente aquella espantosa visión.

Gleason le entregó el vaso.

—No debió de ser agradable, en efecto —convino—. Bien, sospechamos del reparador, que instaló la trampa explosiva por encargo de alguien. Dígame, ¿cuál es su sospechoso principal?

Faith se puso en pie.

—Sígame, por favor.

Ella metió los pies en unas sandalias de medio tacón y echó a andar hacia la casa. En todo aquel tiempo, se dijo Gleason, no se habían visto sirvientes. A no ser por los vigilantes, habría pensado que Faith vivía sola en la isleta.

El lujo de la casa respondía por completo a lo que se podía esperar de una mujer que había heredado una inmensa fortuna. Claro que, pensó Gleason, todo lo había hecho su difunto esposo. Pero, aun así, el mantenimiento de la posesión debía de costarle un ojo de la cara.

El despacho, apreció, había sido restaurado. Gleason había leído numerosas informaciones sobre el suceso y echó a faltar el reloj en donde había sido colocado el explosivo. En cambio, le extrañó ver un televisor de diecisiete pulgadas, con una cámara al lado.

Había también una grabadora Faith se volvió hacia su huésped.

—Escuche unos momentos, por favor.

Tocó una tecla. Gleason pudo escuchar así la reproducción del aterrador diálogo sostenido entre el asesino y su víctima. Al terminarse la grabación, Faith añadió:

—La grabadora funciona automáticamente, sea el televisor, sea el teléfono lo que se utilice. Extrañamente, la explosión respetó la cinta, aunque no la grabadora anterior, como puede comprender.

—Sí, claro. ¿Ha dicho que funciona el televisor? No entiendo...

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Los negocios de mi esposo eran muy importantes. Hay cuatro instalaciones más como estas, luego le daré los nombres y los lugares donde se encuentran, y los enlaces y las comunicaciones se realizan vía satélite. A veces, es necesario examinar unos documentos y el correo resulta demasiado lento. Aparte de eso, a mi marido le gustaba ver siempre el rostro de sus colaboradores más

allegados. Reginald se gastó mucho dinero en estas instalaciones, pero lo hizo porque empezaba ya a sentirse un poco cansado y le gustaba permanecer aquí largas temporadas. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, desde luego —contestó Gleason, que solo a duras penas podía contener su asombro—. Por tanto, debo deducir que uno de esos cuatro individuos es el sospechoso de haber pagado a un asesino.

—Una deducción enteramente correcta, señor Gleason.

—Gracias, señora. Y ahora, por favor, dígame, ¿qué motivos pudo tener alguien para hacer asesinar a su esposo?

—Le diré una cosa: jugadas de Bolsa. Esos cuatro ejecutivos dirigen las cuatro empresas más importantes, las cuales, a su vez, englobaban otras menores. A la muerte de mi esposo, se produjo una baja espectacular en las acciones. Entonces, alguien compró a cinco lo que valía diez y cuando las acciones volvieron a subir, lógicamente, porque la muerte de mi marido no alteraba en nada la marcha de sus empresas, se encontró con una bonita ganancia... digamos de cinco o seis millones de dólares.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco? —se extrañó Faith.

—¡Hum! —dudó Gleason—. Esos cuatro ejecutivos deben de ganar realmente mucho dinero, sobre todo si, como supongo, tenían plena libertad de acción en sus respectivos cometidos. El que lo hizo podía ganar ese dinero, sin necesidad de complicarse la vida con un asesinato. En cambio, la muerte de su esposo podía resolverle, quizá, otros problemas mucho más graves. ¿Qué puede decirme al respecto, señora Holminton?

—Si piensa, tal vez, en alguien que internara ocupar el puesto de mi marido en la cama, está rotundamente equivocado —dijo ella heladamente—. El único motivo es el que ya le he citado. Aunque no lo crea, aunque me haya visto tan desenvuelta, yo amaba profundamente a mi esposo. Le di lo mejor de mí misma, desde los dieciocho años, en que nos casamos, cuando él tenía treinta y tres años, y no lo habría cambiado por el mejor hombre del mundo, ni aunque hubiera sido pobre como las ratas.

—Lo siento —se disculpó Gleason—. ¿Puede darme los nombres de los sospechosos?

Ella tomó un papel que había sobre la mesa y se lo entregó.

—Aquí los tiene —dijo—. Están sus nombres y sus direcciones, privadas y públicas, con los cargos que ocupan. Verá cuatro nombres más; son sus ayudantes personales, o secretarios privados, como quiera llamarlos. Convendría que investigase también a esas cuatro personas, señor Gleason.

—Lo haré —respondió él—. Y ahora, por favor, dígame, ¿qué la impulsó a llamarme?

—He meditado mucho y durante mucho tiempo. Antes, previamente, encargué que estudiasen a varios detectives que podían resolver el caso. Usted llamó especialmente mi atención. En cierta ocasión, fue investigador privado para el fiscal del distrito y realizó su tarea a la perfección. Luego ha hecho varios trabajos para abogados, con casos muy difíciles, y les ha permitido sacar su defensa a flote. Sé también que nunca aceptó un caso en que no estuviese persuadido de que había una duda razonable en favor del acusado; es decir, jamás intervino para ayudar al defensor de un forajido notorio o un violador habitual de las leyes. Por todo eso lo he elegido a usted, señor Gleason.

—Gracias, señora —Gleason hizo una ligera inclinación de cabeza—. ¿Podría llevarme una copia de la grabación?

—La tenía preparada —sonrió Faith—. Y también el cheque, naturalmente.

Instantes después, Gleason se disponía a abandonar la residencia. Faith le hizo una observación:

—Ah, lo olvidaba. Me he permitido hacer que instalen en su despacho un sistema de comunicación análogo a este.

—¿Televisión? —se sorprendió el.

—Exacto. Cuando tenga que decirme algo, quiero verle la cara. Channing le dará las instrucciones para el manejo de ese sistema... pero no lo emplee con los sospechosos ni dé a entender a otros que lo tiene instalado.

—Una excelente precaución, señora —aprobó Gleason. De pronto, alzó un dedo—: Supongo que me concede carta blanca para la investigación... pero de antemano le digo que no uso armas jamás ni recurro a métodos tortuosos o deshonestos.

Faith volvió a sonreír.

—Esa es otra de las razones por las que elegí su nombre en la lista que me presentaron —contestó.

—¿Quién le dio esa lista?

—Richard Menefee. Fue, en tiempos, abogado de mi esposo y conoce a muchos detectives privados. Puedo fiarme de él.

—Le conozco —dijo Gleason—. Trabajé con Menefee en cierta investigación muy complicada. Luego ya no volvió a llamarme, aunque quedó muy satisfecho de mi labor. Iré a darle las gracias personalmente.

—No tengo prisa —finalizó la señora Holmonton—. Tómese todo el tiempo que quiera, pero encuentre al asesino de mi esposo.

Gleason hizo un gesto de despedida. Casey, con sus dos ayudantes, estaba a la entrada del puente levadizo. Al llegar allí. Casey se le acercó lentamente.

—Yo también quiero que encuentre al asesino del señor Holmonton —manifestó duramente—. Se burló de nosotros, ¿entiende?

—La isla está bien defendida —observó Gleason—. Pero aun con el puente levadizo, un hombre podría franquear las defensas, incluyendo a los tiburones.

—¿Ha oído hablar alguna vez de las fajas de presión? —dijo Casey—. Hay una en torno a la isla, aunque no le voy a señalar su emplazamiento exacto. Pero si le diré que el peso de una mosca haría que se disparase la alarma.

Gleason arqueó las cejas.

—El carrito eléctrico ha tenido que activar los sensores —alegó.

—Es el único punto de la faja de presión que no se activa cuando hay, digamos cierta circulación. Pero la alarma se conecta apenas se hace de noche.

—No sirvió de nada contra el caballo de Troya. ¿Conoce la leyenda?

—La conozco. ¡Buena suerte y buena caza!

El puente estaba ya bajado. Gleason lo atravesó en sentido contrario. De nuevo vio la aleta del tiburón hendiendo las aguas. Una ligera sonrisa se formó en sus labios.

Llegó a su coche, abrió la portezuela y se dispuso a abandonar el lugar. Clearwater estaba a cinco millas de distancia y allí era donde residía la primera persona con la que pensaba entrevistarse antes de convocar a sus cuatro mejores ayudantes, para que iniciasen las investigaciones.

Rockie Channing era un sujeto que había rebasado ya el medio siglo, bajo, de piernas estevadas y con los ojos situados tras unas gafas de gruesos cristales. Al ver el cigarro apagado que sujetaba con sus dientes, Gleason se dijo que debía dormir con él incluso.

—Fue una canallada —dijo Channing, cuando Gleason le hubo explicado sus pretensiones—. Ciertamente. Reginald, yo le llamaba Reggie siempre, como en los buenos tiempos, había progresado muchísimo. Pero es que era un tipo listo, un águila para los negocios. Y aunque algunos piensen lo contrario, nunca hizo nada que no estuviese dentro de la ley. ¿Me ha oído?

Gleason sonrió. Channing hablaba a gritos, como si su interlocutor fuese duro de oído.

—Sí, y me alegra saber que conserva el recuerdo de un buen amigo —dijo—. Pero la señora Holmorton quiere que encuentre al asesino y yo necesito hacerle un par de preguntas.

—Ah, viene de Pyramid Island,

—Sí.

Channing se cambió el cigarro de lado en la boca.

—Aquella día, condenación, yo estaba terriblemente enfermo. Me lo pasé entero yendo y viniendo a bueno... Oiga, ¿no ha tenido usted nunca una maldita diarrea?

Gleason se echó a reír.

—No resulta agradable, en efecto —admitió.

—Cuando no estaba echado en la cama, estaba sentado en el retrete. El médico dijo que era colitis... No lo entiendo, siempre tuve una salud de hierro...

—A veces, pasan esas cosas. Y como estaba enfermo, tuvo que enviar a su operario.

—Así fue. Reggie me llamó, entre viaje y viaje al W.C., y me pidió que fuese a reparar su televisor, que no daba bien la imagen. Tuve que enviar a Gerald, mi operario.

—Gerald, ¿qué más?

—Barton. Le dije lo que tenía que hacer, cogió su caja de herramientas... y ya no lo he visto más.

—¡Qué! —respingó Gleason—. ¿Ha desaparecido su operario?

—Le vi por última vez el día que fue a Pyramid Island —

respondió Channing.

Gleason se mordió los labios.

—Tengo entendido que Barton era de su entera confianza —dijo.

—Puede creerlo. Incluso estaba pensando en hacerlo mi socio en el negocio, para dedicar yo más tiempo al descanso.

—¿Cree que alguien pudo pagarle para que pusiera la bomba en el despacho de Holmonton?

—¿Quien, Gerald? Ese chico entendía de explosivos tanto como yo de barbero de ranas —contestó Channing pintorescamente—. Hacía ya diez años que trabajaba conmigo. Le conocía bien, créame.

—Entonces, ¿piensa que pudieron haberlo asesinado para que otro ocupase su puesto?

Channing miró a su visitante de hito en hito.

—¿Y si lo hizo alguno de los guardias?

Hubo un instante de silencio.

—Investigaré en esa dirección —dijo Gleason al cabo.

—Hágalo, puede que se lleve una sorpresa —contestó Channing—. A propósito, ya tiene instalada la nueva televisión en su casa.

—Ha sido usted rápido —comentó el detective—, y, dígame, ¿cómo ha podido entrar en mi casa, si la puerta estaba cerrada con llave?

Channing soltó una risita.

—Vaya, vaya allí —indicó—. Se encontrará con una sorpresa.

Gleason arqueó las cejas. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. Iba ya a salir cuando, de pronto, se le ocurrió hacer una pregunta al sujeto:

—Dígame, ¿qué aspecto personal tenía Gerald Barton?

—Bueno, andaba ya por los treinta años, media casi un metro ochenta, pelo castaño, ojos marrones...

—Una descripción que puede servir para millones de hombres de su misma edad —suspiró Gleason—. Incluso para mí —añadió sonriendo.

—Pero tengo una fotografía de Gerald —exclamó Channing—, quizá pueda servirle, señor Gleason.

—Algo saldré ganando —sonrió el investigador.

Al abandonar la tienda, consultó su reloj. Era ya un poco tarde. Al día siguiente, se dijo, iría a visitar al abogado Menefee.

Ahora sentía mucha curiosidad por conocer la sorpresa que lo

aguardaba en su propia casa. Aparte de contemplar la instalación de televisión que había realizado Channing en un tiempo tan breve.

Claro que si lo pensaba bien, no había sido un tiempo tan corto, ya que había pasado la mayor parte del día fuera de Clearwater. Había sido al regresar a su casa cuando, al examinar el buzón de las cartas, había encontrado la de Faith Holmonton. Entonces, intrigado, se había dirigido sin más a Pyramid Island.

Su casa estaba fuera de la población, en un barrio residencial situado a unos tres kilómetros. Enfiló la carretera con moderada velocidad. A los pocos momentos, un coche intentó adelantarle.

Gleason se apartó a su derecha. El otro coche se situó a su altura. Entonces, el investigador miró maquinalmente y vio una pistola con silenciador enfilada directamente a su cráneo.

CAPÍTULO III

MIKE GLEASON era hombre de reacciones fulgurantes. Apenas vio el arma pegó un violento frenazo, a la vez que viraba hacia su izquierda. Con la aleta delantera, pegó en la cola del otro coche, haciéndolo desviarse casi en ángulo recto. Frenó más todavía y contempló al coche atacante que salía disparado de la carretera.

Allí había un terraplén de unos diez o doce metros de altura. El coche saltó, rodó primero, bajó a toda velocidad y acabó chocando contra un muro de ladrillo, que estalló como si hubiera recibido el impacto de una granada de 155. El vehículo se levantó de cola, cayó, rebotó un par de veces con horrísono estruendo y acabó quedándose quieto.

Una de las portezuelas, la derecha, se abrió, y un hombre salió dificultosamente, tambaleándose un poco, para acabar cayendo al suelo. El conductor, apreció Gleason, permanecía inmóvil en su puesto, echado tras el volante.

Miró adelante y atrás. En aquellos instantes, no se divisaba ningún vehículo a la vista. Pisó de nuevo el acelerador y se alejó de aquel lugar. Los hombres que le habían atacado no se quejarían de lo ocurrido a la Policía.

Pero le preocupaba haber sufrido un ataque apenas iniciaba su tarea. Significaba que la señora Holminton era espiada incluso en su propia casa. Tendría que hacer algo al respecto, se dijo.

Momentos después, paraba el coche frente a la puerta del garaje de su residencia. No pudo evitar una mirada al singular almacén de la antena, que sobresalía del tejado espectacularmente.

—Me parece mentira —murmuró para sí—. Como en las novelas de ciencia-ficción...

Puesto que Channing le había dicho que en casa le aguardaba una sorpresa, decidió dársela a la persona que ya estaba allí. Dio la

vuelta al edificio y buscó la puerta de la cocina.

Entró sin hacer ruido. En el fogón estaba la cafetera. Tocó el metal y lo halló caliente. Siguió andando y pasó al interior. De pronto, oyó mudo en el cuarto de baño.

Era ruido de agua que corría en la bañera. Lentamente, abrió la puerta. Una hermosa mujer, con el cuerpo chorreando, salió de la ducha en aquel instante. Gleason apreció la firmeza de los senos y la delgadez, increíble de la cintura, a la que seguían unas caderas muy bien formadas, prolongadas en las dos piernas más hermosas que jamás había visto.

La cabellera, larga, frondosa, era de color rojo oscuro. Gleason apostó consigo mismo a que los ojos de la bella desconocida eran verdes. Ella, sin embargo, no le había visto todavía. Estaba muy ocupada en friccionarse con una toalla. Tranquilamente, Gleason se apoyó en el quicio, sacó un cigarrillo y presionó el resorte de su encendedor. Hubo un ligero chasquido. La joven lo oyó y volvió la cabeza.

—Usted es Gleason —dijo, colocándose la toalla delante del cuerpo, pero sin sentirse conturbada por haber sido contemplada por un hombre.

—Y usted, ¿quién es?

—Clara Winder, abogado, de Santa Fe, Nuevo México. He estado aguardándole todo el día, señor Gleason.

—Tuve mucho trabajo. ¿Está contenta del alojamiento?

—Podría ser peor, pero no puedo quejarme.

—¿Cómo entró?

—Por la puerta de atrás. No estaba cerrada con llave.

—Soy un poco descuidado, en efecto. Y ahora, señora Winder...

—Soy soltera y puede llamarme Clara —le interrumpió ella—. Salga; he de terminar de arreglarme. Ya pensaba que no volvería y había decidido regresar a mi hotel.

—Se irá más tarde, cuando me haya explicado los motivos de su presencia en mi casa —dijo Gleason firmemente.

—Está bien, le haré un anticipo. Represento a Annabel Holmorton, hija del difunto Reginald Purvis Holmorton, y he venido a Clearwater para actuar en su nombre y reclamar la parte de la herencia que le corresponde por parentesco. Por tanto, necesito de sus servicios, señor Gleason.

Hubo un instante de silencio. Luego Gleason se despegó de la jamba y dio media vuelta.

—Habrà café caliente en el salón, cuando esté lista —anunció.

* * *

Clara Winder tenía un aspecto encantadoramente juvenil, pero saltaba a la vista que era una mujer madura, aunque más bien en el aspecto mental. Gleason calculó que no tenía más de veintiséis años. Ahora, ella vestía blusa y pantalones de hilo, de color claro, y zapatos cómodos, de medio tacón. La blusa era muy liviana, pero el sostén impedía ver nada más. El pelo estaba ahora cuidadosamente recogido en un alto moño, de aire profesional. Los movimientos de Clara eran rápidos, decididos. Había vitalidad y energía en aquella hermosa joven, se dijo Gleason.

—De modo que hay una hija de Holmonton —dijo él, al entregarle una taza de café.

—Así es —confirmó la abogado.

—Acabo de hablar con la viuda. Ella no ha mencionado para nada una hija de su difunto esposo.

—Es lógico, puesto que lo ignora.

—Y usted, ¿cómo ha llegado a conocimiento de ese dato?

—Por la propia Annabel, naturalmente. Annabel me buscó para que solucionase ese problema. Fuimos compañeras de colegio hace años.

—Ya. ¿Sabía usted que era hija de Holmonton?

—No. Hasta ahora, ha utilizado el apellido de su madre, Brown.

—¿Cuántos años tiene Annabel?

—Uno menos que yo.

—Es decir, veintinueve —dijo Gleason deliberadamente ofensivo.

—¡Veinticuatro! —protestó Clara con vehemencia—. ¿Me ha tomado por una ancianita?

Gleason sonrió.

—Oh, solo quería saber su edad —contestó—. Pero hay algo que me extraña profundamente, Clara.

—¿De qué se trata?

—¿No le parece que Annabel se ha retrasado un poco en reclamar lo que le correspondía?

—Bien, puede decirse que este es un problema personal de mi cliente, pero las cosas no son siempre tan sencillas como parece. La madre de Annabel era una mujer muy orgullosa. Murió hace poco, soltera todavía, y jamás quiso reclamar un centavo al padre de su hija. Es más, Holmonton le envió dinero en varias ocasiones y ella se lo devolvió siempre. Nunca quiso aceptar nada del hombre que la abandonó hace casi un cuarto de siglo, antes de que naciera la hija de ambos. Ocasionalmente, añadiré que Holmonton reconoció la paternidad de Annabel. Está registrado así, hija de Reginald Purvis Holmonton y Frances Mary Brown...

Clara dejó a un lado la taza de café y fue a su bolso, que abrió y del que extrajo unos documentos que puso en manos del joven.

—Fotocopias de las partidas de nacimiento y de cambio de apellido —dijo—. Annabel respetó los deseos de su madre, pero, al morir esta, se consideró desligada de cualquier compromiso. Ella no tiene por qué rechazar algo que le pertenece legalmente.

Gleason examinó cuidadosamente los documentos. Parecían estar en orden, se dijo.

—Para la viuda, va a ser una especie de bombazo —murmuró.

—Me lo imagino, aunque no tendrá que ir a las esquinas, a pedir limosna —dijo Clara áridamente.

—Yo me conformaría con la décima parte del uno por mil de lo que tiene —sonrió Gleason—. Pero, ¿por qué ha venido a buscarme a mí, precisamente, y que espera que haga yo en este caso?

—Usted, además de investigador privado, es abogado y está inscrito en el colegio profesional del Estado. Yo podría tener algunas dificultades en mi labor; por eso busco su cooperación que remuneraré adecuadamente, por supuesto.

Clara se detuvo un instante y añadió:

—Hay mucho dinero a ganar aquí, Mike.

Gleason elevó la vista.

—¿Lo hace por dinero o por amistad?

—Ambas cosas son perfectamente compatibles. Annabel sabe que soy abogado y que necesito ganarme la vida. Y usted también, me parece. Cuando esté solucionado el pleito, créame, Annabel no regateará la minuta.

Gleason meditó unos instantes.

—Clara, ¿puedo hacerle una sugerencia? —consultó.

—Desde luego —accedió ella.

—Los documentos, a primera vista poseen una legalidad irrefutable. Pero da la casualidad de que la señora Holminton es ya mi cliente. No puedo actuar contra ella. Y he aceptado su encargo y no voy a rechazarlo ahora.

—Perfectamente ético —calificó Clara—. Siendo así, buscaré a otro abogado, aunque lo siento mucho. Había pensado en usted como el hombre ideal para este caso.

—Gracias, pero aguarde —sonrió Gleason—. Todavía no he terminado.

Ella le miró inquisitivamente.

—Diga, Mike.

—¿No puede aguardar su cliente un poco, algunas semanas? A fin de cuentas, ha esperado veinticuatro años...

—¿Por qué ha de aplazar su demanda? —preguntó Clara.

—De todas formas, el asunto no se iba a resolver en veinticuatro horas —respondió él—. Por ahora, no puedo decirle nada más. Usted sabe bien qué es el secreto profesional, me parece.

—Sí, pero, ¿qué le digo a mi cliente?

—Aguarde un poco. Lo que he de hacer no es del todo incompatible con demostrar los derechos de Annabel a la herencia. Simplemente, deme unos días para hacer determinadas investigaciones. A fin de cuentas, esto es lo que ha venido a buscar de mí. ¿O no?

Clara dulcificó su gesto.

—Pensé que rechazaría mi petición —dijo.

—No —contestó él—, el caso me interesa muchísimo... pero, ¿quién le ha recomendado mi nombre?

—Menefee, el abogado de Holminton.

—¿Ha hablado con él?

—Esta misma mañana.

—¿Conocía la existencia de una hija de Holminton?

—No, aunque dijo que los documentos eran totalmente válidos. Pero él se siente ya muy viejo. Prácticamente, está retirado de la abogacía.

Gleason asintió.

—Mañana he de visitarle yo —murmuró.

Clara agarró su bolso.

—Me han recomendado el Oceanside —dijo—. Llámeme en cuanto tenga algo que comunicarme. Mike.

Gleason la contempló especulativamente.

—¿Tiene coche? —preguntó.

—No. Vine en avión hasta Miami y desde allí tomé un taxi...

—La acompañaré al hotel, si me permite cambiarme de ropa propuso él—. He cenado más de una vez en el Oceanside —añadió sonriendo—. Tiene un jefe de cocina realmente excepcional.

—¿Me está proponiendo cenar juntos?

—¡Qué lista es usted! —rio Gleason.

Clara se echó a reír también. Era realmente encantadora.

—Y tiene los ojos verdes —añadió—. Tal como lo había supuesto al verla en el baño.

—¿Fue un espectáculo agradable? —preguntó Clara sin mostrar enojo.

—No puedo darle una respuesta,

—¿Por qué?

—Tendría que ser hombre y me entendería.

Clara le miró con ojos chispeantes. Luego hizo un gesto con la cabeza.

—Ande y cámbiese de ropa —dijo.

Media hora más tarde, ya anochecido, salían de la casa. Unos mil quinientos metros más adelante, vieron chispazos de coches policiales. Gleason aminoró la marcha. Uno de los agentes hacia señales con la lámpara para dirigir el tráfico, Gleason paró junto al hombre, al que reconoció en el acto.

—Sam, ¿ha pasado algo? —preguntó.

—Un coche se saltó de la carretera. Sus ocupantes están hechos polvo, aunque salvarán el pellejo. Ya se los ha llevado la ambulancia y el jefe Blucker tiene mucho interés en hablar con ellos. Encontró una pistola con silenciador.

—Oh... Gente peligrosa, ¿eh?

—Y forasteros. Seguramente, dice el jefe, vinieron para «apiolar» a alguien, aunque todavía no han hablado. Pero ya se lo sacará...

Gleason hizo un gesto con la mano.

—Sí, seguro —sonrió—. Gracias. Sam.

El coche arrancó de nuevo.

—No sabía que en Clearwater ocurrieran estas cosas —manifestó

Clara, sorprendida.

—La posible víctima de esos tipos soy yo —dijo Gleason con toda naturalidad—. Y no fue un accidente, sino que los eché fuera de la carretera, cuando vi que uno de ellos se disponía a volarme la cabeza a tiros.

Clara abrió la boca, atónita. Con un gesto de pesimismo, Gleason añadió:

—El caso que me han encomendado tiene mucha importancia. Quizá cientos de millones, y esta es una cifra capaz de impulsar a más de uno a cometer los mayores disparates.

CAPÍTULO IV

LA mirada de Gleason se posó sucesivamente en los rostros de los cuatro hombres que tenía frente a sí, en el salón de su casa. Sobre la mesita auxiliar, tenía dispuestos cuatro sobres.

Aquellos hombres eran sus ayudantes para casos especialmente difíciles. Gleason sabía que podía confiar en ellos. Hacía años que trabajaban juntos y jamás había tenido el menor motivo de queja de ninguno de los cuatro. Frankie Ruddel, *el Lento*, alto, desgarrado, de ojos acuosos, pero que se convertía en una centella cuando la ocasión lo requería, y de mente tan aguda como una espada de Toledo. Otro era Bob Slawski, bajito, regordete, medio calvo, con el aspecto de un oficinista próspero y satisfecho de la vida, pero capaz, por su sola habilidad de persuasión, de hacer hablar a las piedras.

El tercero era Músculos, y de nombre Jack Teene, con el aspecto del atleta orgulloso de su cuerpo y de su fuerza física, y con cara de no ver nada que no fuesen pesas y aparatos de gimnasia. Con su aire de forzado tonto, solía lograr informaciones que nadie había sido capaz de conseguir antes que él. Para Teene, Gleason tenía el personaje ideal.

El último miembro del cuarteto era Stanley Jig O'Hara, de aire inofensivo, aunque, cuando convenía, tomaba un aspecto de maleante, capaz de asustar al más valiente. Aquellos cuatro hombres le habían ayudado eficazmente en numerosas ocasiones, pero ahora, acababa de decírselo, se les presentaba el caso difícil de su carrera.

—Frankie —continuó, después de exponer brevemente lo que se requería de ellos—, a ti te toca Melville Hugues y su ayudante personal, Lita Durrin. Ahí, en el sobre, tienes su dirección en Nueva York. También encontrarás un cheque por cinco mil dólares. Pásame a la vuelta la nota de gastos. Si se te acaba el dinero, pide

más. ¿Entendido?

—Sí —respondió Ruddel.

—Bob, Frank T. Hodgills, de Las Vegas, Nevada, y su ayudante Lannigan Smilett, son los tuyos —dijo Gleason, dirigiéndose a Slawski—. Empieza cuanto antes.

Ruddel cogió su sobre. Gleason prosiguió:

—Músculos, Sylvia Renford vive en Dallas, Texas. Tiene cuarenta años, pero es una tía estupenda. Le gustan los tipos fornidos, naturalmente, más jóvenes que ella. Procura llevártela a la cama; te dirá muchas cosas en la oscuridad. Ah, su ayudante se llama Phil Dolan.

El tercer sobre fue entregado a su destinatario.

—Jig, a ti te corresponde Russell P. Phaid, de Los Ángeles, con su secretaria, Loona Tyne —indicó Gleason—. Y como ya estáis enterados de lo que se pretende, creo que no hay nada más que decir, a menos que os quede alguna duda.

Teene levantó una mano.

—Jefe, se te ha olvidado un detalle —objetó.

—Dime, Músculos.

—¿Cuál es tu sospechoso?

—Los cuatro... mejor dicho, los ocho.

Se oyeron algunas risas. Gleason añadió:

—Digo que los ocho, porque cada ayúdame es absolutamente fiel a su jefe. Por tanto, podríamos decir que hay dos culpables, aunque resulta lógico suponer que solo a uno de los dos se le ocurrió la idea de eliminar a Holmonton. Pero el otro, jefe o ayudante, se mostró de acuerdo con el asunto.

—Lo que les convierte automáticamente en culpables a los dos —dijo O'Hara.

—Sí. ¿Alguna otra cosa más?

No hubo respuestas. Gleason, entonces, dijo:

—Buena suerte y buena caza, muchachos.

Instantes después, se quedaba solo. Consultó su reloj y pensó que era hora ya de visitar al abogado Menefee. Pero antes, sin embargo, y un tanto perversamente, quiso ver la cara que iba a poner Faith Holmonton cuando le diese cierta noticia.

El videófono había sido instalado en su despacho. Levantó el auricular y marcó la serie de cifras y letras que activarían el sistema

de comunicación. La pantalla se encendía automáticamente.

Esperó unos minutos. Al fin, vio una imagen en el televisor. La cámara captó parte del despacho de Pyramid Island y el hermoso rostro de su actual dueña.

—Debe de ser muy importante lo que tiene que decirme, para despertarme a estas horas, señor Gleason —se quejó la mujer.

—Son las diez y media de la mañana, señora —respondió él—. Hace ya tres horas que he empezado a trabajar...

—Está bien, no es necesario que se elogie tanto. ¿Qué sucede?

—Señora Holmorton, ¿conocía usted bien el pasado de su difunto esposo?

Faith se indignó.

—¿Qué está tratando de insinuar? —exclamó—. ¿Alguna amante...?

—No, señora.

—Mire, Gleason; yo me casé con Reginald cuando tenía dieciocho años. Fue mi primer hombre y él no me fue infiel jamás. Yo le daba todo cuanto necesitaba; jamás necesitó buscar a otra mujer. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí, señora. Después de usted, no necesitó otra mujer. Pero, ¿y antes?

—¿Cómo?

—Hace veinticinco años, su marido, todavía soltero, conoció a una mujer llamada Frances Mary Brown. De esas relaciones, nació una hija, Annabel. He visto los documentos y son absolutamente legales. Menefee también los vio ayer y dijo lo mismo. ¿Entiende usted lo que esto significa?

Faith se quedó sin habla durante unos segundos.

—Una hija de Reginald... Me cuesta trabajo creerlo... —dijo al cabo.

—Su esposo era todo un hombre, creo haberle oído algo al respecto. Si aún lo era, a sus cincuenta años, ¿qué no sería con veinticinco años menos?

Faith se mordió los labios.

—Eso es lo que no pude conseguir yo, darle un hijo —murmuró tristemente—. Oiga, ¿ha visto a la niña? Tráigala aquí cuanto antes...

—Pero, señora, la niña nació hace veinticuatro años.

—Es lo mismo. Quiero conocerla... La querré como si fuese mi propia hija... Todo lo mío será suyo...

—Calma, señora —aconsejó el investigador—. Yo no conozco todavía a la hija de su esposo. Con quien he hablado es con su abogado, que es la persona que me dio ayer la noticia.

—¿Está ahí el abogado? Dígale que venga a verme, por favor. Deme su nombre y su descripción; se lo indicaré al jefe de vigilantes...

—Aguarde un momento todavía. ¿Sigue usted en buenas relaciones con Channing?

—Por supuesto, pero, ¿qué tiene esto que ver con lo que discutimos?

—Hablaré con Channing. Usted lo dejará pasar. Quiero que examine su despacho. Hay «filtraciones», ¿entiende?

—Oh... Me están escuchando...

—Posiblemente, señora.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Ayer intentaron matarme.

Sobrevino un momento de silencio.

—Me cuenta mucho trabajo creer una cosa así —dijo Faith al cabo.

—¿Por qué no va a creerlo? Asesinaron a su esposo, ¿verdad?

—Sí, claro...

—Channing irá con instrucciones mías. En cuanto al abogado... bien, primero tengo que hablar con ella. Es una mujer, ¿sabe?

—Muy bien. Quiero verla cuanto antes, señor Gleason.

—El nombre es Clara Wilder, veinticinco años, pelo rojo, muy oscuro, casi negro, ojos verdes y una bonita figura. Se la enviaré lo antes posible.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Por ahora, eso es todo.

La imagen de Faith se borró de la pantalla. Gleason cortó la comunicación.

—Para ver a una persona situada escasamente a seis kilómetros, he tenido que utilizar un satélite situado a miles de kilómetros en el espacio murmuró—. ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!

Encendió un cigarrillo y se dirigió hacia la puerta. Momentos más tarde, se detenía ante el establecimiento de Channing, al que

dio determinadas instrucciones. Channing comprendió rápidamente y dijo que se pondría a trabajar en el acto.

De pronto, entró un policía de uniforme.

—Señor Channing... ¿Qué tal, Mike? —saludó.

—Hola, Andy Mallory —sonrió el joven.

—¿Pasaba algo? —preguntó Channing.

—Tengo que darle una noticia, Rockie —manifestó el policía—, Ayer, un aficionado a la pesca submarina, encontró el esqueleto de un hombre a veinte metros de profundidad, y a cincuenta de Spade Point. Tenía atado un cable metálico a la cintura, el cual sujetaba un lastre de unos diez kilos de plomo. El esqueleto, sin embargo, conservaba todavía su reloj de pulsera, impermeable y movido por una pila. Todavía funciona, ¿sabe?

Channing entornó los ojos.

—Regalé a Gerald Barton un reloj de esas características, con sus iniciales grabadas, para conmemorar los diez años que llevaba trabajando conmigo —dijo—. El grabado decía. De R.C. a G. B., 10 5-67/77.

—Exactamente, señor Channing —corroboró el policía.

Guardaron silencio unos instantes. El policía añadió:

—Según las primeras impresiones del forense, Barton falleció hará cosa de un año.

—Tenía un coche —dijo Channing.

—Lo siento, no se sabe nada del vehículo.

—Eso no es demasiado relevante —intervino Gleason—. Lo que importa es la muerte de Barton, ocurrida, probablemente, el día en que iba a reparar el televisor de Holmonton.

—Y el asesino de Barton fue el que montó la bomba en el despacho de mi amigo.

—Ya no cabe la menor duda, Rockie.

El policía se despidió.

—Lamento la mala noticia, señor Channing. Adiós, Mike.

—Yo también me marchó —dijo el joven.

Gleason y Mallory salieron juntos. El coche de patrulla se hallaba estacionado frente a la tienda. De pronto, se oyó una voz en la radio:

—Central a P.Q.2. Conteste, P.Q.2.

Mallory se inclinó, alargó la mano y asió el micrófono.

—P-0-2 a Central. Le oigo, adelante.

—Vaya a la calle Shrewsbury, número ochocientos diez. Es un «Clave 3».

—Enterado —contestó el policía.

Gleason respingó.

—Andy, déjame ir contigo —pidió.

El guardia estaba sentado ya en su asiento.

—¿Qué te ocurre, Mike?

—En esa casa vive una persona a la que iba a visitar ahora mismo —respondió Gleason—. El abogado Menefee, para concretar.

—Está bien, sube.

Gleason se sentó al lado del policía. Las luces del techo se encendieron y la sirena empezó a aullar. Gleason presentía lo peor.

Cuando llegaron al 810 de la calle Shrewsbury, Gleason pudo confirmar sus sospechas. Ya no podría hablar nunca con Menefee.

El abogado yacía junto a su mesa de trabajo, sobre un charco de sangre. La secretaria, única que tenía Menefee, desde que había reducido sus actividades legales, estaba al borde del colapso. Había salido a tomar una taza de café, dijo, ya que el trabajo no era excesivo. Al volver, se había encontrado a su jefe muerto. Era todo lo que podía decir... salvo que en la puerta de la casa se había encontrado con una mujer a la que había conocido la víspera.

Gleason sintió una especie de choque al oír aquellas palabras.

—¿Está segura? —preguntó.

—Bueno... me lo pareció... Tenía el pelo oscuro, me pareció joven... Era esbelta, bien parecida...

—Pero ¿le vio la cara?

—Llevaba puestas unas grandes gafas negras...

Mallory se volvió hacia el detective.

—¿Es que la conoces? —preguntó suspicazmente.

—No —respondió Gleason en el acto—. Me pareció extraño, simplemente.

—Bueno, al menos podrías decirme por qué tenías que hablar con Menefee —pidió Mallory.

—Trabajo en una investigación para la viuda Holmanton. Ayer estuve en Pyramid Island y acordamos que visitaría a Menefee, para que me diera algunos detalles complementarios. Pero era ya tarde cuando regresé a la ciudad, de modo que decidí aplazar la visita

para hoy.

Mallory hizo un gesto con la cabeza.

—«Nunca dejes para mañana...» —dijo con sorna.

Llegaron dos policías de paisano. Abajo se oyó el decreciente aullido de la sirena de una ambulancia. Gleason había observado que el despacho de Menefee estaba en completo orden. Tendría que hacerle una visita, cuando no hubiese nadie, se dijo.

* * *

El Oceanside tenía forma semicircular y estaba orientado al mar, con una playa privada a menos de cincuenta metros de la gran explanada cubierta de césped, en la que había una piscina con un surtidor lateral, que renovaba el agua constantemente. Situado tras sus gafas de color, Gleason buscó con los ojos a una bella bañista.

Clara le vio muy pronto y salió del agua. Sonreía al acercarse al joven.

—Ahora llevo más ropa que ayer —dijo.

Gleason contempló especulativamente el brevísimo traje de baño. Eran tres diminutas piezas triangulares de color rojo. Ocultaban lo justo solamente.

—Sí, lo menos treinta centímetros cuadrados —sonrió él—. ¿Ha salido del hotel esta mañana?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Menefee ha sido asesinado.

CAPÍTULO V

CLARA se dejó caer en una silla, con la sorpresa pintada en su rostro, todavía más atractivo, puesto que no llevaba maquillaje. Gleason agitó la mano para llamar a un camarero y pedirle de beber.

—Al momento, señor —contestó el hombre.

—No he salido del hotel y puedo probarlo —dijo Clara—. He desayunado en mi habitación. Después, he escrito una carta a Annabel Holmonton y la he echado en el buzón de la recepción. Luego he venido a la piscina... y, además, el hotel está a tres kilómetros de la ciudad.

—¿Cuál es la habitación que ocupa usted?

—Doce A.

—Está en el primer piso.

—Sí, pero da al mar. Me habrían visto muchos si hubiese saltado por la terraza, ¿no cree? —Clara se volvió de pronto y señaló un punto con la mano—. Mire, ahora está la camarera, arreglando la habitación

Gleason asintió.

—¿Tiene ropas oscuras en su equipaje?

—No. Un vestido estampado, blusas, una par de faldas de colores claros, dos pantalones, color crema y color blanco... Y mis gafas de sol tienen muy poco color.

El camarero vino y dejó los vasos encima de la mesa. Gleason le entregó un billete.

—Guárdese la vuelta.

—Gracias, señor.

—¿Por qué han asesinado a Menefee? —preguntó.

—Si pudiera hablar con la mujer que apretó el gatillo, se lo diría —respondió él—. Pero una cosa es segura: hay alguien interesado

en que no se aclare el asesinato de Holmonton.

—En todo caso, han empezado a actuar muy rápido, ¿no cree?

—Estarían prevenidos —gruñó el joven—. Por cierto, la señora Holmonton quiere verla.

—¿A mí? —se sorprendió Clara.

—Sí. Le dejare mi coche.

—No entiendo...

—Usted es la abogado de la hija de Holmonton.

Clara hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo curiosidad por conocer Pyramid Island —dijo—. Aunque me supongo que la entrevista será muy borrascosa. A fin de cuentas, represento a una persona que puede quitar cien millones a la señora Holmonton.

—No lo crea. Ella se ha sentido muy conmovida al saber la existencia de Annabel.

—¡No me diga! —se burló la joven.

—Usted no cree que las demás personas puedan tener su corazoncito, ¿verdad?

—Annabel no es hija suya...

—Pero lo era de su difunto marido y ella lo amaba profundamente. Tengo la seguridad de que Faith querrá a Annabel como si fuese auténticamente hija suya —declaró el joven con acento lleno de solemnidad.

—Bien, lo mejor será comprobarlo personalmente. Voy a cambiarme de ropa. Mike.

—La espero aquí, Clara.

* * *

Las luces de neón del local acababan de encenderse. Hacía tiempo que no pisaba el Bacchus y Gleason se preguntó qué le diría su dueña. Tendría que buscar una buena excusa para librarse de las iras de la hermosa Patty Keegh.

Se acercó al mostrador. El *barman*, gordo, calvo, socarrón, le puso delante un vaso con whisky y hielo. Luego dijo:

—Ella está en su despacho, Mike.

—Gracias, Harry.

—¿Quieres que la avise?

—Prefiero darle una sorpresa.

Mientras sorbía el licor lentamente, Gleason reparó en un sujeto que bebía en una mesa. Era un tipo delgado, de cara ratonil y ojos huidizos. Parecía muy concentrado en sus meditaciones.

—Harry, ¿qué hace aquí el Víbora? —preguntó.

El *barman* se encogió de hombros.

—Quizá busque un trabajo —respondió.

—Sí, con su navaja, ¿verdad?

Un cliente se acercó en aquel momento a la barra El *barman* se alejó.

Gleason abandonó el mostrador y buscó la puerta que conducía al primer piso. Antes de cerrar, volvió la cabeza una vez.

Tim Jannsen, alias el Víbora, seguía con sus meditaciones. Posiblemente, aguardaba el momento de poder salir a la calle y atracar a algún desprevenido viandante. Cerró y emprendió la ascensión, para detenerse a los pocos segundos en el rellano superior.

Llamó a la puerta. Una voz femenina, desde el interior, dijo:

—¡Pasa, Mike!

Gleason abrió y se encontró en un despacho elegantemente amueblado. Al otro lado, había una amplia puerta, con dintel en arco y unas cortinas de color rojo oscuro.

—Estoy vistiéndome, Mike —dijo la dueña del Bacchus.

—Patty, ¿cómo sabías que estoy aquí? —preguntó él.

La mujer salió, vestida solamente con las bragas y el sostén a medio colocar. Giró en redondo y se volvió de espaldas al visitante.

—Sujétalo, ¿quieres?

Gleason apartó el sostén, lo lanzó rápidamente a un lado y encerró en sus manos los duros y redondos senos de la mujer. Ella se puso rígida.

—¿Cuánto tiempo llevas sin descargar tus energías? —inquirió.

Gleason empezó a recorrer con los labios el desnudo hombro de Patty.

—No se trata solo de disfrutar en la cama —contestó—. Aunque no lo rechace, claro está.

Patty se separó bruscamente de él.

—Entonces, búscate a una puta callejera —dijo. Se inclinó para recoger el sostén y Gleason acarició el redondo trasero por encima de las bragas.

—¡Déjame! —protestó ella encolerizada—. Lárgale, no quiero verte más por aquí.

—Muy bien, Patty, abandonemos el tema amoroso y pasemos al asunto verdadero. Necesito tu ayuda. Puedo pagarte bien.

—¿Qué clase de ayuda, Mike?

—Caso Holmonton.

Patty le miró largamente.

—Te ha contratado la viuda, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué?

—En un año, la policía no ha conseguido nada. Ella quiere encontrar al asesino de su marido.

Patty se echó a reír.

—A buenas horas... Si yo estuviese en el pellejo de esa mujer, levantaría un monumento al hombre que me dejase viuda.

—Ella piensa de un modo muy distinto, Patty. ¿No quieres ayudarme?

—¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó ella.

—Escuchar, callar... e informarme.

Patty se mordió los labios un instante. Fue a la mesa de despacho, levantó la tapa de una caja y sacó un cigarrillo.

—He oído algo —dijo al cabo.

—¿Sí?

—Se llama Archie Moran. Es capataz jefe de una compañía de construcciones para empresas de obras públicas.

—Sigue, preciosa.

—Es un tipo duro, pero honesto, que no tolera gandules entre sus trabajadores.

—Oye, ¿qué tienen que ver las obras públicas con el caso Holmonton?

—Eres tonto —rio Patty—. Las obras públicas emplean hombres, máquinas... y dinamita.

—Sí, soy tonto —admito Gleason—. ¿Dónde vive Moran?

—East Land Road, mil cuatrocientos veintisiete.

—Gracias, hermosa.

—Eh, aguarda, no te marches tan pronto.

Patty puso las manos sobre los hombros de su visitante y le obligó a sentarse en una silla. Luego se quitó el sostén. Inclínándose

hacia adelante, paseó sus senos por la cara de Gleason.

Las manos de Gleason se posaron sobre la cintura de Patty y resbalaron hasta tocar el fino tejido de las bragas. Metió los pulgares e hizo resbalar la prenda a lo largo de los muslos. Ella se incorporó de súbito y movió la cabeza en dirección al dormitorio.

—Anda, vamos, condenado hijo de perra —dijo, con su sonrisa más incitante.

* * *

Dos horas más tarde, Gleason, ya vestido, se acercó a una de las paredes del despacho e hizo correr a un lado un trozo del empapelado. Una ranura, de doce centímetros de largo por tres de ancho, quedó a la vista.

Acercó los ojos. A través de la mirilla, podía ver la mayor parte de la taberna. No parecía que hubiese ningún sospechoso en el local.

Patty estaba en el baño. Ya se había despedido de ella y abrió la puerta.

La escalera estaba a oscuras. Frunció el ceño. Siempre había una lámpara encendida. ¿Por qué tenía que haber fallado ahora, precisamente?

Abajo, al fondo y a la izquierda, había un rincón oscuro, que daba a una puerta, la del almacén. Descendió lentamente, con los nervios en tensión. Cuando ponía el pie en el rellano, alguien saltó hacia él. Gleason captó el leve destello de un trozo de metal.

* * *

La navaja de el Víbora buscaba su garganta. Gleason paró el golpe con la mano izquierda, atenazando la muñeca de su atacante, y golpeó el rostro de Jannsen con el puño derecho.

Jannsen gruñó. Gleason le machacó la nariz. El tipo gimió y cayó de rodillas. Gleason le asestó un tercer puñetazo. La resistencia de Jannsen se abatió por completo.

Hizo fuerza con la mano izquierda y la navaja cayó al suelo. Acto seguido, agarró al sujeto por las solapas de su chaqueta y lo empujó, hasta que su espalda quedó pegada a la pared. Entonces, levantó la rodilla derecha y la apoyó en la entrepierna del frustrado asesino.

—Has fallado, Víbora —dijo—. Habla o te los aplasto.

Hizo una ligera presión y Jannsen abrió la boca agónicamente.

—No... quite la rodilla...

—Dime el nombre, Tim.

—Es... una mujer... Dijo que se hospeda en el Oceanside y que debo llamarla en cuanto haya... terminado con usted...

—¿Una mujer? —se sorprendió Gleason.

—Sí. Joven, muy guapa...

—¿Has hablado con ella?

—Sí... Me dio quinientos dólares...

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. No me dijo su nombre...

—¿Estuviste en su habitación del hotel?

—No, claro que no. Solo dijo que la llamase a la habitación 12 A...

—Pero tuviste que hablar con ella en algún sitio.

—Sí, en el Iceberg... Yo estaba tomando una copa y ella se sentó a mi lado... No la había visto nunca antes de ahora...

—¿Cómo tenía el pelo?

—Oscuro, no era negro del todo. Llevaba gafas de color... Se lo juro, es todo lo que puedo decirle...

Gleason meditó unos instantes. Era imposible, Clara Winder no podía haber conocido a un maleante como el Víbora apenas llegada a Clearwater.

De pronto, concibió una sospecha.

—Está bien, ya puedes largarte —dijo.

Jannsen huyó velozmente, sin preocuparse siquiera de recobrar su navaja. Gleason aguardó un minuto y luego salió a la taberna.

Harry el *barman*, le hizo un guiño disimulado. Gleason contestó con una sonrisa de complicidad. Luego, tranquilamente, se encaminó hacia la puerta de la calle.

* * *

La puerta del apartamento se abrió y su dueña encendió la luz. Entonces fue cuando vio al hombre sentado apaciblemente en un butacón.

—¡Mike! —exclamó ella—. ¿Qué diablos haces en mi casa?

—Hola, Molly Barth —sonrió el joven—. Dispensa que haya

entrado así, pero es que quería darte una sorpresa... Oye, ¿qué manía te ha dado ahora de usar peluca de color oscuro?

Ella se mordió los labios. Era una mujer alta, bien formada, pero tres años mayor que Gleason. El rostro, aunque atractivo, poseía una dureza que se advertía de inmediato.

—Lárgate o llamo a la policía —dijo secamente.

Gleason se puso en pie y se acercó a la mujer. De pronto, alargó las manos y le arrebató el bolso de un lirón.

Molly quiso recuperarlo, pero ella la rechazó de un tremendo rodillazo en el estómago. Ella cayó sentada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hijo de puta...

Sin hacerle el menor caso, Gleason abrió el bolso y sacó un revólver de cañón corto y calibre 38.

—Apostaría algo a que es el arma que sirvió para «despenar» al abogado Menefee —dijo.

—¡Por todos los diablos, no! —vociferó Molly—. Te lo juro, no he tenido que ver con ese asesinato. Anda, lleva el arma a la policía si quieres. Haz que comparen las balas...

Gleason frunció el ceño. Parecía sincera, se dijo.

—Entonces, ¿quién diablos lo ha hecho? —preguntó.

—No lo sé —respondió Molly.

—Pero has hablado con él.

La mujer guardó silencio. Gleason supo así que su observación era certera.

CAPÍTULO VI

EL bolso y el resolver fueron a parar a un rincón.

—He hablado con el Víbora —dijo Gleason.

Molly apretó los labios. De pronto. Gleason alargó la mano y le quitó la peluca de cabellos oscuros, dejando al descubierto el auténtico pelo de la mujer, rubio sucio, horriblemente teñido.

—No te informaron bien, Molly —dijo el joven—, la peluca debía tener reflejos cobrizos. Esta es de color castaño muy oscuro, casi negra, pero no hay un solo cabello rojo.

—No me dio más detalles —murmuró ella.

—¿Quién?

—El... ¿quién demonios quieres que sea?

—Bueno, al menos, sabrás su nombre.

—No lo sé.

Gleason tiró la peluca a un lado. Luego, de súbito, agarró el auténtico pelo de la mujer y la arrastró hacia el diván más próximo, en donde la hizo caer de bruces. Acto seguido, agarró su vestido y lo rasgó con un par de fuertes tirones.

Ella chilló y pataleó, pero Gleason la sujetaba por la nuca con la mano izquierda.

—Tienes un culo precioso —dijo riendo.

Bruscamente alzó la mano y la estrelló con todas sus fuerzas contra las nalgas de la mujer.

Molly chilló. Inflexible, Gleason dijo:

—Habla, guapa.

—No sé nada...

La mujer usaba ligüero. Gleason introdujo un dedo entre el ligüero y la carne, tiró hacia arriba y luego lo soltó de repente.

Sonó un fuerte chasquido. Molly perneó frenéticamente, mientras él movía implacable la mano derecha. Las blancas

semiesferas empezaron a tomar un color rojizo.

—Eres la deshonra de la profesión, Molly Barth —dijo Gleason—. Mañana hablaré con el jefe de policía y le pediré que te retire la licencia. En lugar de dedicarte a investigar a las personas, tendrás que apostarte en una esquina y buscarte clientes. Vamos, contesta de una vez... He hablado con el Víbora, ya te lo he dicho. Te hiciste pasar por una forastera... pero la idea no se te ocurrió a ti. Dime quién es el individuo o, de lo contrario, vas a tener que dormir un mes seguido boca abajo.

—No lo conozco... —sollozó ella, completamente derrotada—. Solamente me buscó... pero, si quieres, puedo darte su descripción...

—Adelante, Molly —invitó el joven.

—Es un tipo joven, de unos veintiocho años... pelo claro, ojos azules... Delgado, mide metro ochenta, más o menos... Es todo lo que puedo decirte...

—Todo no —gruñó Gleason—. ¿Qué nombre te dio?

—Ninguno... Bueno, dijo que podía llamarle Jim... Me indicó lo que debía hacer y me dio dos mil quinientos dólares...

—¿Mencionó también el Oceanside?

—Sí... Me indicó que debía ponerme una peluca de color oscuro y, sin mencionar ningún nombre, buscar a alguien que...

—Que me quitase de en medio.

Molly Barth guardó silencio. Era una actitud muy significativa.

—¿Tenía alguna cicatriz? ¿Viste algún reloj demasiado ostentoso? ¿Una sortija? —preguntó el detective.

—No, no, era un tipo bastante común... Bien parecido, eso sí, pero es todo cuanto puedo decirte...

Gleason pensó en el sujeto. Era muy posible que se hubiese disfrazado de mujer para asesinar a Menefee. El abogado había resultado presa fácil. En cambio, a él le había tenido miedo y ni siquiera con un revólver, se atrevía a atacarle. Pero también podía ocurrir que hubiese calculado que lo mejor era «diversificar» un poco las muertes, a fin de eludir posibles sospechas.

—¿Tienes que comunicarte con él, Molly? —pregunto, tras un instante de reflexión.

—No, es todo lo que tenía que hacer...

Gleason soltó a la mujer y se apartó unos pasos. Ella, roja de ira,

pero también amedrentada, se levantó del diván, frotándose las nalgas con ambas manos.

—Me has desollado —se quejó.

Gleason estaba ya en la puerta.

—Tienes suerte —dijo fríamente—. Molly, puedes seguir con tus marranadas todo lo que quieras, pero no te cruces en mi camino jamás o te haré sentirlo de una forma que no olvidarás en tu perra vida. Soy un tipo decente, por eso te dejo el dinero que te pagó Jim... Hazte cuenta de que te lo he pagado yo, para que no vuelvas a molestarme.

El portazo con que se despidió, le privó de escuchar la obscena interjección de despedida que le dedicaba Molly. Mientras descendía las escaleras, hacia la calle, se preguntó quién podría ser el tipo que se hacía llamar Jim solamente. Resultaba evidente que el asesino de Holmonton se había puesto en campaña con inusitada rapidez.

Pero, al mismo tiempo, no era menos evidente que Faith Holmonton era espiada constantemente en el interior de su residencia. ¿Quién era el espía y a sueldo de quién estaba?

* * *

Rockie Channing le llamó a la mañana siguiente:

—Estuve en Pyramid Island. Ya no habrá interferencias para las comunicaciones de la señora Holmonton.

—Lo celebro mucho —dijo Gleason—. ¿Encontró algún aparatito de escucha?

—No me preocupé de buscarlo —rio el sujeto—. Simplemente, instalé un interferidor con control remoto.

—¿Cómo?

—Es muy sencillo. El espía, quienquiera que sea, notará que ya no puede seguir escuchando a la señora Holmonton. Es posible que trate de buscar el interferidor, porque tiene un detector que le indica el funcionamiento del interferidor. Antes de hacer una llamada por teléfono o por la línea de video del satélite, hará funcionar el aparato de control. Si la lámpara verde no se enciende, es que el interferidor ha sido localizado y destruido. Entonces, buscará otros medios de comunicarse con quien sea... a menos que se trate de algo que no importe demasiado, como, por ejemplo,

encargar algunas provisiones o cosas por el estilo. Personalmente opino, sin embargo, que el interferidor continuará en su sitio.

—¿Por qué, Rockie?

—Al notar que no puede escuchar nada, el espía deberá resignarse a la inacción, porque ahora ya sabe que alguien sospecha de él. Si internase otro movimiento, podría ser descubierto, ¿comprende?

—Sí, pero me imagino que el interferidor habrá sido colocado en algún sitio que no resulte fácil encontrarlo.

—Aunque, evidentemente, es una posibilidad que no se puede descartar, dudo mucho de que el espía consiga encontrar ese cacharrito —se despidió Channing con una risita de suficiencia.

Gleason acababa de levantarse. Cuando dejaba el teléfono en la horquilla, sonó el timbre de la puerta.

Buscó una bata y fue a abrir. Clara Winder le miró desde el umbral.

—No ha madrugado mucho —dijo:

—Mi trabajo no tiene horario. Me acosté tarde —respondió él—. ¿Le importa esperar mientras me aseo?

—Me ocuparé de su desayuno —sonrió la joven.

—Está bien.

Veinte minutos más tarde, se sentaba frente a frente, ante una mesa bien provista en la cocina. Gleason tomó un sorbo de café y luego hizo una pregunta:

—¿Estuvo en Pyramid Island?

—Sí. Vaya lujo, ¿eh, Mike?

—Como dijo aquel, con dinero no hay nada que falle. Pero el difunto Holmonton había sabido ganarlo. Este es un país de oportunidades y el que es listo no solo sabe encontrar la suya, sino aprovecharla.

—A veces, a costa de otros.

—Por lo que yo sé, Holmonton fue un hombre fundamentalmente honesto. Claro que en los negocios es preciso tener el estómago de hierro, como en la política; de lo contrario, uno se queda en la cuneta a las primeras de cambio —filosofó Gleason—. Pero eso es el pasado. Hablemos del presente, Clara. ¿Qué le pareció la señora Holmonton?

—Encantadora. Muy amable y simpática. Está ansiosa por

conocer a Annabel. Dice que no tendrá problemas con el dinero... pero, a pesar de todo, me resisto a llamar a mi cliente.

—¿Por qué?

Clara hizo un gesto de duda.

—No lo sé bien —contestó—. Llámelo intuición femenina, si quiere, pero me parece extraño que Faith haya cedido tan pronto. No se trata de unos pocos miles, sino de millones de dólares. Eso siempre duele, ¿comprende?

—Tú sigues sin creer en la limpieza de los corazones ajenos, ¿eh? —dijo él sarcásticamente.

—Trato de cuidar de los intereses de mi cliente —repuso ella con rigidez—. Esperar unos días, no le hará ningún mal a Annabel. Además, ella y mi cliente no están separadas por tantos años de diferencia.

—En suma, se te hace sospechoso ese súbito afecto.

—Si quieres que te sea sincera, sí.

—Muy bien, estás en tu derecho. ¿Qué piensas hacer luego?

Clara hizo un gesto dubitativo.

—No sé...

—Si quieres, te invito a acompañarme a una entrevista interesante —propuso Gleason.

—¿Quién es él?

—Ya lo verás cuando llegue el momento. De modo que te gustó la isleta, ¿eh?

—Sí, pero, por nada del mundo, me sumergiría en el mar.

—Los tiburones.

—Vi una aleta y sentí frío, a pesar de la temperatura.

Gleason se echó a reír.

—Encontrarse con un tiburón cuando estás en el agua no debe de resultar muy agradable que digamos —comentó—. ¿Estás lista?

—Cuando quieras.

* * *

La puerta estaba abierta de par en par. En el interior del apartamento donde Menefee había tenido su bufete, reinaba un desorden espantoso. Una mujer se movía sin demasiadas prisas, tratando de arreglar un poco lo que parecía el resultado de una catástrofe.

—Diríase que ha pasado por aquí una horda de bárbaros — exclamó Gleason en alta voz.

La mujer se volvió en el acto.

—¿Quiénes son ustedes? Ah, señor Gleason... Dispense, no le había reconocido al principio...

—¿Cómo está, señorita Elk? —saludó él joven cortésmente—. Le presento a Clara Winder, mi... ayudante. Clara, ella es Dotty Elk, secretaria del difunto Menefee.

—Hola —saludó la joven.

—Encantada —dijo Dotty—. ¿Puedo serles útil en algo? Estoy aquí hasta que termine el mes, ya que mi sueldo corre todavía todo este tiempo.

—Ya —murmuró Gleason—. Una actitud muy honorable por su parte, señorita Elk. Yo había venido precisamente a verla a usted... pero ahora no sé si encontraremos lo que busco.

—Si me dice de qué se trata, quizá pueda ayudarle —respondió la mujer.

—Menefee estudió a varios investigadores privados, antes de mencionar mi nombre a la señora Holmonton. Me interesa conocer el nombre de esos colegas —manifestó Gleason.

—Ah, si solo se trata de eso, puedo darle la lista. Los recuerdo muy bien; prácticamente, yo hice todo —declaró la secretaria.

Gleason sonrió.

—En tal caso, sospecho que el asesino erró su puntería —dijo.

Dotty se estremeció.

—Oiga, no irá a decir que ahora me buscará...

—No, ya no le interesa cometer otro crimen. Atacarla a usted resultaría un error aún mayor. Duerma tranquila, señorita Dotty y... A propósito, el asesino fue una mujer.

—Sí.

—Usted se cruzó con ella.

—Cierto.

—Tengo la impresión de que fue un hombre disfrazado. Mire a mi ayudante. ¿Se parecía a ella?

Dotty entornó los ojos. Clara comprendió el significado de la pregunta y se puso unas gafas de color.

—Pues... sí, podría pasar por ella, aunque llevaba ropas mucho más oscuras. Me extrañó, vi a una mujer joven y en estas tierras y

con el tiempo que hace, un traje oscuro no resulta adecuado —dijo la secretaria—. Además, tenía dificultades al caminar, como si padeciese algún defecto de los pies.

Gleason se echó a reír.

—Apostaría doble contra sencillo a que llevaba zapatos de tacón alto —dijo.

—Sí —confirmó Dotty.

—No se hable más. Era un hombre y no estaba habituado a ese calzado —decretó Gleason con firme acento.

CAPÍTULO VII

—DE modo que fue un hombre —dijo Clara poco después, mientras tomaban un refresco en un bar situado no lejos del lugar que acababan de visitar.

Gleason tenía ya en el bolsillo la lista de detectives que Menefee había estudiado antes de dar su nombre a la señora Holmonton.

—Sí —dijo—. Para hablar con Menefee e inspirarle confianza en los primeros instantes, tenía que presentarse con el aspecto de una mujer. Es más, opino, incluso, que lo conocía. Por eso tuvo que disfrazarse.

—Pero si pensaba matarle, el disfraz...

—El asesino sabía que Menefee tenía una secretaria. Dotty podía seguir en la oficina mientras él hablaba con el abogado. Aun entonces, habría podido matarlo, sin que Dotty se enterara. El disfraz, por tanto, le resultaba también muy útil.

—Dotty habría oído el tiro, en tal caso.

—No, porque seguramente, usó pistola con silenciador.

—A pesar de todo, hay algo que no acaba de encajar en el asunto.

—Dímelo, Clara.

—Cuando Jim mató a Menefee, ya sabía que tú estabas encargado del caso. Ya no tenía objeto cometer un asesinato, sobre todo, después de que la víspera intentasen matarte a ti.

Gleason se rascó la mejilla con el pulgar.

—Es muy probable que Menefee supiese, o por lo menos sospechase ya, quien era el asesino de Holmonton. No olvidemos que Menefee se había encargado de asesorar legalmente a Holmonton en la mayoría de las ocasiones. Incluso actuó después de la muerte de su cliente, cuando las acciones bajaron tan espectacularmente. Por tanto, es muy posible, incluso considero

lógico, que supiese de quién había partido la idea de asesinar a su cliente.

—Pero Faith te había señalado ya a cuatro sospechosos.

—Ocho —puntualizó él—. Sin embargo, no fue capaz de darme un nombre determinado.

—Bien, supongamos que Menefee lo supiera o, al menos, tuviese sospechas muy fundadas. ¿Por qué no lo dijo?

Gleason sonrió.

—Era abogado, como tú —dijo—. ¿Acusarías a una persona sin pruebas?

Clara asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Primero buscaría esas pruebas...

—Y luego señalarías al culpable. Pero Menefee era ya muy anciano y no podía hacer ciertas cosas que estaban vedadas por la edad.

—Y por eso te contrataron a ti.

—Exactamente —Gleason consultó su reloj—. Antes del almuerzo, tengo que hacer otra visita. ¿Quieres acompañarme?

—Por supuesto, Mike.

* * *

Archie Moran era un sujeto bajo, rudo, de cejas como cepillos y rostro tostado. Gleason vio en él al típico capataz, autoritario, dominador y exigente, pero también honesto.

—¿Quién le ha dicho mi nombre? —gruñó Moran, después de que el joven hubo expuesto el motivo de su visita.

—Patty Keegh.

—Ah, Patty... Una mujer encantadora —el granítico rostro de Moran se suavizó un tanto—. Una buena amiga, todo hay que decirlo.

—Por ella estoy aquí —dijo Gleason—. Patty hablo algo de dinamita.

—Pero eso fue hace casi un año —se sorprendió Moran.

—Lo sé. ¿Cuántos le quitaron?

—Cuatro cartuchos. Le aseguro que nunca me había pasado una cosa semejante...

—Alguien lo hizo, ¿no?

—Se llama Jim Rubio.

—¿Mexicano?

—Dio ese nombre, no me preocupé de más. Teníamos escasez de personal y lo admití sin preocuparme de sus referencias. De todos modos, no hubiese durado mucho en el empleo.

—¿Por qué?

—Hombre, no sabía diferenciar un pico de una pala —respondió Moran con amargo humorismo—. Estuvo una semana, aproximadamente. Créame, me sentí muy aliviado cuando se despidió. Muchos me consideran un tipo insensible, pero, se lo aseguro, nunca resulta agradable despedir a nadie.

—En una semana, ¿tuvo tiempo suficiente para averiguar dónde guarda la dinamita?

Moran se acercó a la ventana de su despacho y señaló a un punto del vasto patio, formado por los barracones y almacenes de la empresa de construcciones.

—Está allí; es lo primero que se ve —dijo.

Gleason observó el barracón donde guardaban los explosivos, apartadas del resto de las edificaciones y construido con sólidos muros de cemento. La puerta era de acero, blindada.

—No parece fácil que pudiera entrar ahí —observó.

—Yo mismo le llevé —dijo Moran amargamente—. Puesto que no sabía casi hacer otra cosa, le hice que me acompañara para cargar con el *jeep* dos cajas de dinamita. Cuando estábamos en el trabajo, alguien me llamó urgentemente por teléfono. Lo dejé solo unos momentos...

—¿No receló de él?

—Hombre... Era un tipo muy amable, muy cortés... Siempre pidiendo perdón por cualquier minucia, ansioso de servir para algo... Me cayó bien, a pesar de su inutilidad. Quiero decir que me pareció una buena persona, aunque un incapaz para toda clase de trabajos.

—Ya —dijo Gleason—. Es de suponer que se apoderase de los cartuchos de dinamita mientras usted hablaba por teléfono.

—Tuvo que hacerlo en aquel momento. Se los escondería bajo la camisa. Usaba pantalón de peto, muy holgado. En aquellos momentos, ¿cómo iba a sospechar de un pobre hombre como Jim Rubio?

Gleason sonrió. Conocía el español y el significado del apellido.

—Jim era rubio y de ojos azules —dijo.

—Sí. ¿Le conoce? —preguntó Moran.

—Me han hablado de él. Espero conocerlo personalmente algún día.

Momentos después, emprendía el regreso a la ciudad, junto con la muchacha.

—Esto no va a servir de mucho. Mike —comentó Clara—. De alguna parte tenía que sacar la dinamita, ¿no crees?

—Te diré una cosa. El que mató a Holmonton, entendía, no solamente de explosivos, sino de aparatos de televisión. Era lo suficientemente hábil para preparar una bomba de relojería y estropear deliberadamente el televisor, a fin de venir luego a repararlo.

—Eso no tiene sentido, Mike.

—Lo tiene, lo tiene —contestó él—. Porque el que lo hizo, gozaba de la suficiente confianza de Holmonton, como para entrar y salir de Pyramid en cualquier momento. Tenía, además, que conocer el procedimiento de comunicaciones vía satélite. Y por último, podía moverse por la residencia con entera libertad. Pero preparar la trampa explosiva podía llevarle cierto tiempo. Por eso tuvo que recurrir a la avería del televisor, una avería muy sencilla, de reparación casi instantánea, es decir, que le llevase solamente un minuto o dos, aunque luego desempeñase la comedia de que le había costado media hora o más, tiempo que empleó para preparar la bomba sin preocupaciones de ninguna clase. Recuerda, además, que se hizo pasar por Gerald Burton.

—Sí, es cierto.

—Holmonton confiaba en su amigo Channing y este en su operario. Por tanto, Holmonton no tuvo inconveniente en dejar solo al operario en su despacho. Convenientemente disfrazado, Jim Rubio pudo actuar con toda impunidad.

—O sea, había estado antes en la isleta y luego se volvió, como reparador de televisores.

—Exactamente. Según la grabación que me dio Faith, Jim Rubio conocía el número reservado de Holmonton. Hay otro teléfono en Pyramid, pero es para usos corrientes: pedir provisiones y para que la servidumbre pueda comunicarse con amigos y familiares, etcétera.

—Alguno de la servidumbre debía conocer, sin duda, el número de teléfono secreto.

—Exactamente, preciosa.

—El espía.

—El mismo.

—¿Se te ocurre quién puede ser?

—Pienso averiguarlo —contestó él resueltamente—. Y, mientras tanto, ¿por qué no buscamos un lugar donde tomar el bocadillo del mediodía?

—Se acepta la propuesta por unanimidad —dijo Clara.

* * *

Entró en su casa poco después de las once de la noche. Había pasado el resto del día junto a Clara. Incluso habían cenado en el Oceanside. Realmente, Gleason tenía poco que hacer ya, hasta que empezase a recibir informes de sus ayudantes. Solo entonces podría actuar a fondo.

Apenas había cruzado el umbral, sintió el contacto de un objeto duro en su nuca.

—No encienda la luz —dijo una voz con tonos susurrantes.

Gleason se atiesó en el acto.

—Estoy desarmado —manifestó.

—Lo sé, pero yo tengo una pistola.

—Con silenciador.

—Exacto.

—¿Se le han curado ya los tobillos, Jim Rubio?

El sujeto se sobresaltó.

—¿Cómo?

—Se disfrazó de mujer para matar a Menefee.

—Ah... Es cierto, me sentía incómodo.

—Pero era la mejor forma de pasar desapercibido.

—En efecto. Oiga, ¿sabe que es usted muy listo?

Gleason soltó una risita.

—No soy tonto, desde luego.

—Pronto no será nada —rezongó Rubio.

—¿Me va a matar aquí?

—No. Tengo por norma una cosa, que siempre sigo al pie de la letra.

—¿Puedo saber cuál es su norma particular?

—Nunca cometas un crimen de la misma forma.

—Oh... Creo que entiendo. Holmonton, hecho pedazos por una explosión; Menefee muerto de dos balazos. ¿Qué destino me aguarda, Jim?

—No tardará en saberlo. Mike, voy a hacerle una advertencia muy seria.

—Diga, Jim.

—No me obligue a salirme de mi norma.

—Lo cual significa que si hago un movimiento sospechoso, me volará la cabeza de un tiro.

—Exactamente —comentó Rubio, deletreando lentamente la palabra.

—Y eso quiere decir que ahora me he de dar media vuelta y regresar a mi coche. ¿O vamos a utilizar el suyo?

—Prefiero su coche. ¡Andando!

Gleason giró en redondo. La pistola seguía apoyada en su nuca. Rubio procuró mantenerse constantemente a sus espaldas.

—Voy a sentarme a su lado —anunció—. En todo momento tendrá el arma encarada a su costado derecho. No me juegue una mala pasada. Aunque no me gusta, pensaría que, a veces, conviene romper las reglas.

—Sí, sobre todo cuando es uno mismo el que las dicta —contestó Gleason cortésmente.

Momentos después, ponía el coche en movimiento.

—¿Dirección? —preguntó.

—Pyramid Island. Hay luna llena. Apagará los frenos trescientos metros antes de llegar al puente.

—Entendido.

Treinta minutos después, Gleason hizo lo que le habían ordenado. Entonces, Rubio dijo:

—Siga doscientos cincuenta metros más.

—Al menos —dijo él—, deje que acostumbre mis retinas a la luz de la luna. No quisiera salirme del camino.

—Le doy un minuto. Apague la luz del tablero.

—Sí, señor —suspiró el detective.

Arrancó de nuevo sesenta segundos después. Hizo que el coche rodase lentamente y volvió a detenerse al recibir la orden de su

acompañante.

—Bájese.

Gleason obedeció. Rubio le encañonaba constantemente con la pistola.

—Ahora, adelante.

El detective echó a andar. Ahora sentía la pistola apoyada en la espalda.

Podía girar velozmente y golpear el arma con el codo, para abatir a Rubio seguidamente de un fuerte puñetazo, pero no quiso hacerlo. Harto se imaginaba la clase de muerte que el sujeto le había destinado.

Momentos después, llegaba al borde del camino, allí donde se apoyaba el puente, que ahora permanecía levantado. La isla parecía una pirámide de negrura, en claro contraste con las aguas, que semejaban largas láminas de plata, debido a la calma reinante.

—¿Y ahora? —preguntó.

De pronto se vio una aleta triangular hendiendo las aguas. En el mismo instante Gleason se sintió violentamente proyectado hacia adelante.

Cayó al agua desde unos tres metros de altura, sumergiéndose instantáneamente. El asesino se inclinó, con morbosa satisfacción. Desde el lugar en que se hallaba, podía ver con toda facilidad la rápida aproximación del escualo.

Cinco segundos después. Gleason emergió un momento y braceó frenéticamente.

—Socorro...

Fue todo lo que dijo. Volvió a sumergirse y en la superficie de las aguas quedó un violento remolino, que desapareció, sin embargo, con enorme rapidez.

CAPÍTULO VIII

ALGUIEN bajó corriendo por el sendero y se detuvo al borde del camino.

—¡Jim!

—Hola, Casey —dijo Rubio sonriendo.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Eliminar un estorbo. Mis amigos fallaron en dos ocasiones anteriores, por lo que decidí ocuparme yo en persona del caso.

—No entiendo en absoluto... ¿Cómo diablos lo has hecho?

—Bueno, supongo que hay por ahí un tiburón con la tripa agradablemente llena... —contestó Rubio con aire desenfadado.

—¿Un... tiburón?

—Sí Lo vi segundos antes de empujarle

—¡Imbécil, maldito imbécil, un millón de veces imbécil! — explotó Casey violentísimamente.

Rubio se desconcertó.

—No entiendo...

—¡Es un tiburón mecánico...!

La mandíbula de Rubio colgó súbitamente.

—¿Qué... has dicho?

—Lo que oyes, estúpido. El tiburón va y viene constantemente, mediante un par de viguetas que están unidas a un riel situado en el fondo. Fue una idea de Holmonton destinada a impresionar a posibles visitantes. Por la noche, el artilugio funciona constantemente. Se aleja unos sesenta metros, da media vuelta por un bucle, regresa, pasa por aquí, recorre otros sesenta metros...

—¡Maldito imbécil tú! —se sulfuró Rubio—. ¿Por qué no me lo dijiste a tiempo? Podría haberle volado los sesos con toda facilidad.

—No quisiera que vinieses a la isla sin avisar —contestó Casey para justificarse.

—Lo que sucede es que no te fiabas de mí, ¿verdad?

De pronto, Casey presintió algo y se agachó rápidamente.

El revólver de Rubio escupió dos silenciosos fogonazos.

—Cálmate, Jim —rogó el jefe de los vigilantes, procedentemente oculto tras uno de los postes sustentadores del puente—. Enfurecerte por lo que no es sino una tontería no puede conducirnos a ninguna parte.

Salió a terreno descubierto.

—Muy bien. Márame —añadió—. El detective estará escondido por alguna parte. Volverá a buscarte. ¿En qué situación quedarás si descubren mi cadáver?

Rubio bajó el arma de mala gana.

—¿Crees que habrá vuelto a la ciudad? —preguntó.

—Puede que se haya escondido en la isla. Si es así, lo encontraré; descuida. Pero tú búscalo por todas partes... y llénale el estómago de plomo.

—Está bien. Si le encuentras, no le des ninguna oportunidad.

—Vete tranquilo, Jim.

Rubio giró en redondo y se encaminó hacia el coche de Gleason. Casey, mientras tanto, se volvió y examinó los alrededores con ojos preocupados.

Gleason estaba vivo, porque, sin duda, había sabido adivinar que el tiburón era solo una máquina. Pero, ahora, ¿dónde estaba?

A la isleta no se había dirigido; sabía muy bien que le sería imposible traspasar la faja de presión y, además, desconocía su emplazamiento exacto, para el caso de que se hubiese arriesgado a cruzarla. Era indudable que había llegado a sospechar la artificiosidad del tiburón, pero, después de simular su muerte, se había dirigido a algún punto del istmo para esconderse hasta el momento de emprender el regreso a la ciudad, sin peligro de ser descubierto.

En todo caso, Rubio sabría dar con él y, esta vez tendría que olvidarse de su maldita norma: «Cada muerte, de una forma distinta.» Ahora, le gustase o no, tendría que liquidar al detective a tiros.

Rezongando entre dientes, retrocedió una veintena de pasos y llegó al carrito eléctrico. Subió al puesto del conductor, pisó el pedal y el vehículo se puso en movimiento.

Un poco más adelante, a unos treinta metros del punto de arranque, se detuvo el coche y encendió los faros. No, Gleason no había pasado por allí. Aún se verían manchas de humedad, procedentes de sus ropajes empapados. Arrancó de nuevo, rodó cinco o seis metros, se detuvo, saltó al suelo y, acercándose a un árbol, presionó en determinada parte de su tronco. La faja de presión perdía ahora la solución de continuidad que era el camino. Aquel trozo se desconectaba para el paso de vehículos. Ahora, toda la isleta volvía a estar rodeada por el más perfecto sistema de alarma que jamás se hubiese ideado.

Tranquilamente, regresó a la cumbre y llevó el carrito al cobertizo en que se guardaba, junto con otros dos y algunas herramientas de jardinería de gran tamaño, como cortacéspedes con ruedas y motor. Saltó al suelo y se alejó del lugar.

* * *

Transcurrieron diez minutos.

En el hueco que había entre las dos filas de asientos, algo se movió. Una mano apartó la manta que había en el suelo del vehículo. Gleason se sentó. Sus dientes brillaron en la oscuridad al sonreír.

Lentamente se apeó y caminó hacia la puerta, que se abrió con grandes precauciones. Sintió que le acometía un estornudo, pero logró contenerlo. No obstante, se dijo, lo mejor era quitarse la chaqueta y la camisa, que dejó en el suelo, ocultas tras un macizo de flores. Después de unos segundos de vacilación, hizo lo mismo con los pantalones. No podía arriesgarse a descalzarse; la mayor parte de los senderos eran de arena y gravilla y no estaba acostumbrado a pisar descalzo por tal clase de suelos.

Los calzoncillos eran de tipo slip, muy breves y de nylon. Secarían en pocos minutos.

Convertido en una sombra fantasmal, caminó hacia la residencia. Por fortuna, se dijo, Holmonton había hecho explanar el terreno suficiente para construir su casa de una sola planta. De este modo, se libraba de tener que trepar hasta un primer piso.

Buscó la parte posterior, en donde supuso que hallarían los dormitorios. La casa tenía forma de L. El de Faith, estimó, debía hallarse orientado hacia el este.

No se equivocaba. A los pocos minutos divisó un amplio ventanal. Había muchos macizos de flores tropicales, que embalsamaban el ambiente. Desde allí, pensó con envidia, la salida del sol debía constituir un espectáculo inenarrable.

El ventanal tenía un armazón de doble hoja, a fin de poder tenerlo abierto, pese al aire acondicionado del interior. A veces, el aire puro natural resultaba mucho mejor que el que podía proporcionar unos chismes mecánicos.

Escuchó atentamente durante unos segundos. Sí, la señora Holmorton dormía apaciblemente. Podía oír sin dificultad su respiración tranquila y sosegada.

Buscó los cordones de las cortinas. La poca luz que llegaba desde el exterior se extinguió inmediatamente.

Muy despacio, con las manos extendidas, avanzó unos pasos. Al fin tocó la cama con las rodillas. Inclinandose hacia adelante, busco con una mano la boca de la durmiente. Faith despertó en el acto, terriblemente sobresaltada.

—No haga ruido, no grite —susurró—. Soy Gleason.

Faith intentó mirarle en la oscuridad.

—Pero si quiere que me maten, encienda la luz —añadió—. Y no se sorprenda de mi atavío, se lo ruego.

Gleason se enderezó. Faith buscó el interruptor de la luz. Luego se sentó en la cama.

—¡Dios mío! Pero ¿qué hace aquí a estas horas y casi desnudo? —exclamó.

—Por favor, baje la voz —rogó él. Con gran esfuerzo apartó la vista de aquella tentadora figura. Faith estaba sentada y el liviano camisón que llevaba puesto permitía ver, por su transparencia, sus hermosos senos—. Dígame, ¿hay que salir de aquí para ir al baño?

—Es aquella puerta —señaló la mujer.

—Gracias.

Instantes después, Gleason se había envuelto en una toalla. Faith, por su parte, se había puesto una bata.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó Gleason.

—Claro... Oiga, empieza a preocuparme que haya podido entrar sin hacer funcionar las alarmas —dijo ella mientras buscaba la pitillera y el encendedor—. Es prácticamente imposible entrar en la isla, a menos que se cuente con un cómplice, claro.

—El cómplice lo ha sido involuntariamente —rio el. Encendió el cigarrillo y, de pronto, vio al fondo del enorme dormitorio una mesa con algunas botellas—. Tendrá que disculparme —dijo, mientras se servía una buena dosis de whisky.

—Le disculpare cuando sepa por qué está aquí —respondió Faith secamente.

Gleason tomó un largo y reconfortante trago de licor. Luego de una nueva chupada de cigarrillo, volvió a hablar.

* * *

—De modo que usted adivinó que el tiburón era artificial —dijo Faith cuando Gleason hubo terminado su relato.

—Hace un recorrido relativamente regular —contestó él—. Lo vi dos veces el primer día. O tenía que haber más tiburones o no tenía que haber ninguno. Además, a partir del puente y a ambos lados, hay mar abierto. Puede que haya tiburones auténticos en esta parte de la isla, pero me pareció demasiada coincidencia ver al mismo en las dos ocasiones y siguiendo una ruta idéntica.

—Fue un capricho de mi esposo —suspiró ella—. De modo que sospechaba de Casey...

—Sospechaba que había un espía en Pyramid —puntualizó él—. Calculé que tenía que ser un personaje de relativa importancia. Y acerté.

—Me siento decepcionada —dijo Faith amargamente—. Mi esposo confió siempre en él...

—Las personas cambian con el paso de los tiempos. Quizá Casey se siente ahora obligado a otro.

—Le despediré inmediatamente, se lo aseguro.

Gleason encendió un nuevo cigarrillo.

—No se lo recomiendo. Casey no sabe que yo conozco su traición, aunque, por supuesto, sí sabe que estoy enterado de que tiene un cómplice en la ciudad. Por ahora, sin embargo, se siente seguro. Dejémosle que siga así.

—Me resultará difícil disimular —adujo Faith.

—Tendrá que hacerlo, no hay más remedio. A propósito, ¿qué opina usted de su hijastra?

—Quiero tenerla a mi lado, ayudarla en lo posible. Se lo dije así a su abogado, la señorita Winder.

—La señorita Winder parece no estar muy segura de usted.

—Soy sincera, se lo juro. En otro caso, ¿por qué aceptar a la muchacha?

—Eso sí es cierto. De todas formas, se lo dije a la abogado, no hay prisa por hacer que Annabel venga a este lugar. Deje que antes solucione el problema más importante.

—¿Tiene alguna pista? —preguntó Faith ávidamente.

—No, todavía no. Despaché a mis cuatro ayudantes para conseguir informes. Y puede que tarden una semana en regresar. Solo cuando haya reunido todos los informes, podré elaborar una hipótesis, que más tarde será preciso demostrar.

—¿Una hipótesis?

—Sí, sobre los motivos del asesinato.

—El dinero, ya se lo dije.

Gleason sacudió la cabeza.

—No niego que el dinero haya podido tener una buena parte en los motivos del crimen —dijo—. Pero más bien opino que ha sido empleado como palanca, es decir, como medio y no como fin.

—No entiendo, señor Gleason —dijo Faith.

—Es muy sencillo. Alguien está enamorado de usted...

—Oh, qué tontería...

—¿Llama tontería a enamorarse de una mujer joven y hermosa?

—Bueno, hasta ahora nadie ha expresado sus sentimientos en ese sentido —contestó.

—Quizá usted no ha sabido verlo. Si tanto amaba a su esposo, si aún siente el dolor de su pérdida, es lógico que no se fijase en la posible admiración muda de alguien que la ama y que no se ha atrevido aún a expresar sus sentimientos.

—Es curioso. —Faith se mordió los labios—. De los tres sospechosos varones, dos se han divorciado después de la muerte de mi marido.

—¿Y el tercero?

—Es un solterón, pero de muy buen ver todavía. Tiene cuarenta y dos años, pero se conserva magníficamente. Por tanto, yo creo que deberíamos descartar a la mujer.

—¿Lita Durrin?

—Sí.

—¿Qué tal es?

—Cuarenta y un años, elegante, sofisticada, aunque no muy bonita de cara. Pero tiene mucho atractivo, a pesar de todo.

—Los celos pueden inspirar muchas cosas perversas —dijo él intencionadamente—. De todos modos, como he dicho antes, es preciso aguardar a tener todos los informes de mis ayudantes.

—De acuerdo. Dígame, ¿piensa irse ahora?

—Claro. Por el mismo camino.

—Hará sonar la alarma de la faja a presión.

—No lo crea —contestó él alegremente. Se quitó la toalla y fue hacia la ventana—. Ya puede apagar la luz —añadió.

Minutos más tarde, con las ropas en las manos, estaba junto al árbol en el que se hallaba el interruptor que permitía el paso por el camino. Aquel sector quedaría desconectado, pero no le importaba.

Al tantear con la mano en el tronco del árbol, notó algo extraño en la superficie. Sin poder contenerse, levantó la vista hacia la copa y emitió un bufido.

—Lo que me faltaba por ver. ¡Un árbol de plástico!

CAPÍTULO IX

HABÍA salido de la piscina y, tras escurrir un poco sus cabellos, se secó el cuerpo con una toalla y se sentó junto a una mesa, para terminar de secarse al sol. Entonces, con los ojos semicerrados, notó que alguien se sentaba a su lado.

—Hola, Mike—dijo Clara.

—No soy Mike—manifestó el individuo.

Clara se sobresaltó y se irguió bruscamente. Con ojos escrutadores, contempló al hombre que se había sentado en una silla contigua. Su rostro estaba cubierto por unas enormes gafas negras y sonreía de un modo extraño.

Clara apreció, además, que el individuo llevaba puesta una holgada camisa de tela color caqui claro, sujeta por el principio de la cremallera. Debajo de la prenda, adivinó, había una pistola.

—Sí, llevo un arma —confirmó el sujeto.

—Entonces... usted es Jim Rubio.

—Digamos que es el nombre que uso por ahora. Puede llamarme Jim, sin ningún inconveniente, Clara Winder.

—Está bien. Dígame qué quiere de mí y acabemos de una vez.

—Eso, acabemos —contestó Rubio, con perversa sonrisa—. Voy a darle un buen consejo. Vuélvase a Santa Fe. Ahora mismo.

—¿Qué pasaría si no quisiera obedecerle?

Sin dejar de sonreír. Rubio alargó la mano izquierda hacia la toalla que Clara tenía en el brazo del sillón y la colocó ante su pecho. Luego metió debajo la mano derecha.

—Nadie oiría el disparo y yo no le daría tiempo a gritar, créame

—Rubio había dejado de sonreír y sus palabras tenían un tono glacial, que puso frío en la espalda de la joven.

—E...está bien, me iré...

—Subiremos juntos a su habitación y yo vigilaré mientras hace

el equipaje. Por supuesto, llamará desde allí a recepción y hará que le preparen la cuenta. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí.

—Y no piense que Gleason va a venir en su ayuda.

—¿Lo ha matado? —preguntó ella anhelantemente.

—Lo haré muy pronto. Antes, sin embargo, quiero quitarla a usted de en medio.

Clara apretó los labios.

—Jim, ¿qué garantías tengo de que no me pegará un tiro en la habitación?

—Mi palabra, eso es más que suficiente.

—Para usted, en todo caso; pero no para mí.

—No le queda otro remedio que obedecer y tiene solamente cinco segundos para ponerse el albornoz y empezar a caminar —dijo Rubio secamente.

Clara hizo un gesto de aquiescencia. Momentos después, rompía la marcha en dirección al hotel. Rubio caminaba a su lado, con la toalla al brazo, sonriendo con toda naturalidad.

Ella sintió un momento de debilidad al hallarse ante la puerta de su habitación, pero logró dominarse. Abrió, esforzándose por mantenerse serena y cruzó el umbral. Rubio lo hizo tras ella.

En el mismo instante, algo golpeó duramente la mano derecha de Rubio.

Se oyó una espantosa blasfemia. Rubio había perdido la toalla y la pistola, pero, no obstante, supo reaccionar fulgurantemente y disparó su pie derecho hacia la ingle de Gleason.

Aterrada, Clara se volvió. Gleason tenía las dos manos en el vientre y en su rostro había una expresión de agonía. Rubio le golpeó de nuevo, ahora con el puño, aunque erró parcialmente y Gleason recibió el impacto en el hombro. Sin embargo, fue lo suficientemente potente para tirarle de espaldas al suelo.

Barbotando horribles interjecciones. Rubio se lanzó sobre la pistola, que había resbalado algunos metros en el suelo. Entonces, Clara se dijo que debía hacer algo y, con ambas manos, propinó un fortísimo empujón al asesino, haciéndole rebasar la pistola en varios metros.

Rubio maldijo de nuevo. Al volverse, se dio cuenta de que ya no llegaría a la pistola. Solo tenía una solución.

Corrió hacia la ventana, pasó ambas piernas por la barandilla y se descolgó al suelo. Abajo sonaron unos gritos de alarma.

Clara corrió hacia la puerta. En aquel instante, Rubio, sin dejar de correr, salía del recinto del hotel. Era inútil pensar en perseguirle.

Regresó junto a Gleason. El joven se había sentado en el suelo.

—Lo siento —dijo—. Se me escapó.

—Hiciste lo que estaba en tus manos —sonrió ella—. ¿Quieres que pida algo de beber?

Gleason negó con la cabeza.

—Se me pasará enseguida —contestó—. Es más ágil y más fuerte de lo que me imaginaba. La culpa ha sido mía y de nadie más, por haber confiado demasiado en el efecto de la sorpresa. Lo hice anoche, pero hoy no se dejó sorprender.

—¿Cómo? —se extrañó Clara.

—Me aguardaba en mi casa y me secuestró, llevándome luego al estrecho de acceso a Pyramid Island. Después, me pegó un empujón y me tiró al agua.

Clara se puso ambas manos en las mejillas.

—¡Dios mío! Pero... los tiburones...

Gleason se echó a reír. Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

—No hay más que uno y es artificial —declaró.

Ella sintió que le flaqueaban las piernas. Buscó una silla y se sentó, repentinamente tan débil como una niña de pocos años.

—La cabeza me da vueltas... Cuéntame, por favor... Pero, primero, dime, ¿cómo supiste que Rubio iba a traerme aquí, a mi habitación?

—Bien, yo llegué segundos después que él y le vi hablando contigo. También me di cuenta de que se ponía la toalla sobre la mano derecha. Lo único que hice fue anticiparme a vosotros dos.

—Pero la puerta estaba cerrada.

Gleason sonrió maliciosamente.

—El oficio, a veces, enseña a abrir puertas ajenas —contestó.

—Ya. Mike, dime algo sobre ese tiburón artificial —rogó la joven.

Gleason encendió dos cigarrillos y le pasó uno. A continuación, relató su aventura de la noche pasada.

—Por eso vine un poco tarde —añadió, al finalizar—... Me acosté casi de día y he dormido hasta hace muy poco.

—No cabe duda de que has llegado muy a tiempo —suspiró ella—. Y bien, ¿qué piensas hacer ahora?

—Buscar a Rubio —contestó él ceñudamente.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Clara sintió fijas sobre si las miradas del joven. Todavía estaba solo con el traje de baño puesto, ya que el albornoz, se le había caído al forcejear con Rubio y no se lo había vuelto a colocar. Gleason sonreía de una forma muy peculiar cuando avanzaba hacia ella.

Retrocedió vivamente.

—No, Mike —dijo, con la cara tan roja como la tela de su traje de baño.

Gleason se detuvo.

—Está bien. Otra vez será —se resignó.

—No me tomes por lo que no soy —dijo ella—. He oído hablar de ti.

—¿De veras? ¿Qué te han dicho?

—Eres una fiera para las mujeres.

—¿Y no te halaga oír eso de mí?

—Me deja fría, a menos que intentes... Bueno, ¿para qué seguir hablando del tema? Volvamos a lo más importante. ¿Cómo piensas encontrar a Jim Rubio?

Buscándole, naturalmente —contestó él con toda desenvoltura.

* * *

Durante los tres días que siguieron, Gleason recorrió incansablemente todos los bares y tabernas de la ciudad, en los que no le faltaban abundantes conocimientos de ambos sexos. A los que estimaba de más confianza, les hacía una descripción de Rubio, añadiendo un apetitoso estímulo de cien dólares.

Al finalizar su recorrido, había gastado dos mil cuatrocientos dólares. Anotó cuidadosamente el dato: Faith pagaría sin rechistar.

Luego dedicó dos días más a un completo descanso. Había transcurrido casi una semana, cuando recibió una llamada telefónica.

—Mike, soy Felix Rowland. Tengo noticias para ti.

—Adelante, Felix.

—He estado hablando con Diana Green, la Tormenta. Dice que hace cuatro noches estuvo con un tipo de las características de Rubio. Le pagó muy bien y le dijo que había quedado muy contento de... sus servicios, ¿entiendes?

—Sí —rio Gleason—. Diana es toda una hembra. Nunca defrauda a sus clientes, Felix.

—Lo malo es que resulta un poco cara para mí. Esa tía no se acuesta con nadie por menos de doscientos cincuenta. Ahora que vale la pena, te lo aseguro.

—Felix, déjate de rodeos. ¿Sabes si Rubio volverá a casa de Diana?

—Eso parece, aunque, por el momento, no hay nada seguro.

Gleason meditó unos instantes. Era una operación cara... pero, a fin de cuentas, los gastos eran de Faith Holmorton.

—Felix —dijo al cabo.

—¿Sí, Mike?

—Busca a Diana. Mejor dicho, ahora nos vamos a ver tú y yo en el Iceberg. Te daré lo suficiente para que pases cuatro noches seguidas con la muchacha. Pero como yo no la conozco personalmente y no me interesa que me vea por ahora, tienes que ser tú mi enviado especial. Prométele mil dólares, cuando me avise de que tiene a Rubio en su casa. ¿Entendido?

—¿Solo prometer? Diana es capaz de hacer cualquier cosa por dinero, pero cobrando por anticipado, Mike.

—Está bien, llevaré la «pasta». Hasta ahora, Felix.

Gleason colgó el teléfono. Se preguntó que pesaría más en el ánimo de la prostituta, si la recompensa o el posible afecto contraído en aquellas breves horas hacia uno de sus clientes.

Esperaba que el dinero ganase la partida.

* * *

Diana Groen se levantó de la cama, completamente desnuda. Jim Rubio roncaba en la cama, en la que se habían entregado a toda suerte de efusiones amorosas hasta poco antes. Agotado, Rubio había caído en un profundo sueño.

Diana era una mujer de algo más de treinta años, grandes pechos y rotundas caderas. Se sabía hermosa y, además, era muy sensual, lo que le permitía valorar muy alto sus encantos físicos.

Mientras, descalza, caminaba hacia la salita, hizo sus cálculos. Como la otra vez. Rubio le daría tres cientos dólares. Ya tenía mil del detective. Iba a ser una jornada muy productiva, se dijo.

Sin hacer ruido, abrió su bolso y extrajo un papel, en el que había anotado un número de teléfono. Leyendo las cifras sucesivamente, marcó la llamada y aguardó.

Pasó casi un minuto antes de oír al otro lado una voz de hombre, evidentemente arrancado al sueño.

—Gleason.

—Diana —dijo ella—. Venga.

—Está bien.

El teléfono empezó a descender hacia la horquilla, Diana sintió que un brazo le ceñía el cuerpo por delante.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Rubio.

Diana sintió un terrible escalofrío.

—Co...con nadie... E...estaba desvelada y... y quería saber la hora...

—Son las tres y media de la madrugada. ¿Tienen piernas los relojes? ¿Les tratas de usted?

Ella decidió que debía abandonar su miedo.

—Oye, Jim, tú has venido aquí para disfrutar conmigo. Me has pagado y eso es todo. No te importan en absoluto mis amistades, ¿entendido?

—¿De veras? ¿Una de esas amistades no se llama, por casualidad Mike Gleason?

—No conozco a ese sujeto. Nunca le he visto en mi vida.

De repente, Diana se sintió girar sobre sus talones. Rubio alzó su mano derecha y la golpeó de revés en la boca.

Ella gritó y cayó al suelo.

—¡Mientes, perra! —dijo Rubio furiosamente. Se inclinó hacia ella—. Dime la verdad, vamos.

Diana escupió un poco de sangre. Su genio salió a relucir.

Súbitamente se puso en pie y cruzó la cara de Rubio con dos fenomenales bofetadas. El asesino se tambaleó, sorprendido.

—Hijo de puta —dijo Diana—. Pegarme a mí. Tú no me has conocido bien.

Repitió los golpes, aunque ahora, Rubio, prevenido, pudo cubrirse la cara. De pronto, disparó el puño derecho contra el

desnudo estómago de la prostituta.

Diana se dobló agónicamente sobre sí misma. Rubio la agarró por el pelo y tiró varias veces en todos los sentidos, sacudiéndola terriblemente. Pero entonces se dio cuenta de que ella chillaba y que sus gritos podían ser oídos por los vecinos.

Con la mano izquierda, le tapó la boca, sin soltarle el pelo, lo que le permitió arrastrarla hasta el dormitorio. Una vez allí, la arrojó de bruces sobre la cama.

Diana intentó levantarse, pero Rubio le asestó un terrible puñetazo en la nuca, dejándola sin conocimiento en el suelo.

—Así resultará mejor —dijo, sonriendo espantosamente.

Buscó una de las medias negras de la mujer. Diana le había proporcionado una sensacional sesión de «strip-tease» a la llegada. Puso la rodilla derecha sobre la espalda de la mujer inconsciente, rodeó su garganta con la media e hizo un nudo terriblemente prieto.

—Será suficiente —dijo.

No necesitaría quedarse hasta que ella muriese. Rápidamente se vistió, apagó las luces y corrió hacia la salida.

Antes de tocar el interruptor que había junto a la puerta, se volvió y sonrió como un demonio.

—Cuando la encuentre, verá que he seguido mi norma —dijo.

Apagó la luz, abrió, salió fuera, cerró con todo cuidado y se dirigió hacia la salida.

Era una lástima que no hubiese conseguido todavía una nueva pistola con silenciador, se dijo. De lo contrario, podría esperar al detective y...

—Pero no —murmuró, al sentarse al volante de su coche—. Debo seguir mi norma. Tengo que buscar otro medio de eliminar a ese maldito entrometido, y tiene que ser algo completamente nuevo y que no pueda evitar.

CAPÍTULO X

—SE me escapó —dijo Gleason sombríamente a la mañana siguiente, mientras tomaba una taza de café en compañía de Clara, junto a la piscina del hotel.

—¿Lo habías localizado?

—Me costó una semana larga y tres días más después, hasta que Rubio acudió a visitar a una prostituta, que le había dejado muy contento en la amena entrevista. Pero cuando llegué, el pájaro había volado.

—¿Qué te dijo ella?

Gleason tomó un sorbo de calé.

—Nada. Estaba muerta.

Clara casi saltó de la silla.

—Otro asesinato —murmuró, muy impresionada.

—El hombre de la norma —dijo él—. Nunca mata a dos personas de la misma forma. Para Diana Green empleó una media.

—La estranguló.

—Sí. He hablado con el forense. Debieron de pelearse ambos, ella era una mujer de muchos redaños, no en vano la llamaban la Tormenta, pero, a fin de cuentas, Jim es mucho más fuerte. Le pegó un terrible puñetazo en la nuca y la dejó sin sentido. Entonces fue cuando le ató la media alrededor del cuello. Hizo un nudo muy prieto; ni siquiera tuvo que esperar a que esa pobre mujer muriese asfixiada.

—Horrible, horrible —comentó Clara—. Mike, ¿hasta cuándo va a seguir matando ese asesino?

—Hasta que alguien le pare los pies, lo más probable es que con una bala —contestó Gleason.

—Tú sabes muchas cosas de él. ¿Por qué no le cuentas todo a la policía?

—No serviría de nada. En ningún caso hay las suficientes pruebas contra él, como para tenerle siquiera diez minutos encarcelado —Gleason apuró su taza de café y sacó cigarrillos—. Oh, si yo fuese de otra pasta, ya sé lo que tendría que hacer y dónde —continuo—. Me echaría su propia pistola al bolsillo y, como en las películas del Oeste, iría a buscarle y le obligaría a salir de su escondite.

—Pero ¡si no sabes siquiera dónde está! —dijo Clara, después de encender el cigarrillo que el joven le había ofrecido.

—Oh, sí sé dónde está, y muy bien oculto, por cierto. Está en el mismo sitio donde estaría yo si estuviese en su pellejo.

—A ver, dímelo, Mike; me estoy muriendo de curiosidad.

Gleason se echó a reír y dio la respuesta. Clara se quedó pasmada.

—¡No! —dijo.

—Sí. Es el sitio más lógico, ¿no te parece?

—Bien mirado, puede que tengas razón, sobre todo teniendo en cuenta que Casey es su cómplice. Pero por lo mismo podría resultar peligroso intentar sacarlo de su escondite.

—Tarde o temprano tendrá que hacerse. Y ahora, si me lo permites...

—¿Te marchas?

—Tengo trabajo, preciosa.

Gleason se inclinó después de levantarse y besó a la joven en una mejilla.

—Oye, ¿qué confianzas son esas? —protestó ella.

—Era solo un beso fraternal, mujer; no le busques segundas intenciones. Yo soy un hombre muy virtuoso y honesto.

Clara le miró con ojos chispeantes.

—Es la mentira más gorda que he oído en los días de mi vida —dijo.

* * *

Llegó a su casa y se dirigió inmediatamente al despacho, para ponerse en contacto con Faith Holminton, vía satélite. La dueña de Pyramid Island acudió a los pocos minutos y su imagen se hizo visible en la pantalla.

—¿Señor Gleason?

—Tengo que pedirle un favor, señora —dijo él.

—Sí, desde luego.

—Necesito hablar con alguno de los vigilantes de la isla que no sea Casey.

Faith guardó silencio un momento.

Reflexionaba, advirtió el. Pasados unos instantes, ella volvió a hablar.

—El único que se me ocurre es Roy Wheeler.

—Está bien. Dígale, discretamente, por supuesto, que venga a verme en su día libre. ¿Sabe usted cuándo le corresponde?

—No, es cosa de Casey.

—¿No podría usted hacerle venir a su despacho, con cualquier pretexto?

—Los vigilantes tienen prohibida la entrada a este lugar, incluido Casey —respondió Faith—. Resultaría demasiado sospechoso.

—Tiene usted razón. Bien, váyase y procure hablar con Wheeler lo antes que pueda. Dígame solamente qué día tendrá libre, para estar aguardándole en mi casa.

—Muy bien. ¿Ha conseguido algo más?

—Todavía no. Tenga paciencia, se lo ruego.

Faith esbozó una sonrisa.

—¡Qué remedio! —dijo—. Hasta luego, señor Gleason.

La imagen de Faith se borró de la pantalla. Gleason encendió un cigarrillo y, sentándose en su sillón, puso ambos pies sobre la mesa. Luego cerró los ojos. Cualquiera que le hubiera visto, pensaría que estaba durmiendo. En realidad, hacia funcionar su cerebro a toda presión.

La señal de llamada por la línea del satélite sonó casi una hora más tarde. Gleason dio el contacto inmediatamente.

—Dígame, señora Holmonton.

—Wheeler ha aceptado entrevistarse con usted en su día libre, pasado mañana. Irá hacia las tres de la tarde, le he notado preocupado. Cuando hablé con él, refunfuñó algo acerca de que había cosas que no marchaban bien en la isleta, pero no quiso darme más detalles. Yo no se los pedí tampoco; no quería estar demasiado tiempo a su lado.

—Hizo bien, señora.

—Pero después de haberme enterado de la clase de tipo que es Casey, ¿cómo confiar en otros? —se lamentó Faith—. ¿Cómo podrá usted confiar en Wheeler?

—Deje eso de mi cuenta, señora —respondió Gleason—. Yo le diré si se puede o no confiar en Wheeler.

* * *

Era un hombre que acababa de cumplir los cuarenta años, delgado, pero musculoso, de rasgos bien definidos y ojos perspicaces. Roy Wheeler aceptó el habano que le ofrecía Gleason, junto con una copa de buen coñac, y luego miró al joven críticamente.

—Carl Casey nunca me gustó. Una vez se lo dije así al propio señor Holmonton y estuvo, a punto de despedirme —dijo Wheeler sin más rodeos.

—¿Por qué no le gustaba, Roy? —preguntó el joven.

—Son pequeños detalles que no tienen importancia, pero que, a la larga y, reuniéndolos sucesivamente, dan una idea del personaje. A Casey lo único que le interesa es conseguir dinero, mucho dinero, y sería capaz de aliarse con el diablo.

—Como, seguramente, se alió hace un año.

—Sí, él tuvo que ver con el asunto. Le pagaron bien, no me cabe la menor duda.

—Entonces, ¿por qué sigue en la isla?

—Tiene que estar todavía un tiempo. Un día se marchará y su despedida no resultará sospechosa.

—¿Comunicó sus sospechas a la policía?

—¡Dios me libre! Casey tiene buenos amigos entre los policías de Clearwater y lo habría sabido en el acto. El sueldo es bueno y no tengo interés en perderlo, aparte de que también mi mujer tendría que marcharse de Pyramid. Es la doncella de la señora Holmonton, ¿sabe? Allí, en la isleta, se vive bien, con todas las comodidades, un día de fiesta a la semana, tres semanas de vacaciones anuales, más las fiestas de Pascua y Navidad. El hecho de que tenga que velar tres noches por semana no altera mi punto de vista sobre el particular. A fin de cuentas, es mi trabajo.

—Sí —sonrió Gleason—. Roy, dígame, ¿ha entrado algún nuevo vigilante a trabajar en los últimos tiempos?

—Se llama Mark Johnson y es muy amigo del jefe. De momento, está en periodo de aprendizaje; por eso no hace turnos regulares. Bueno, al menos, eso es lo que dice Casey. Para hacer un turno de vigilancia, no es preciso un aprendizaje de un mes.

—Es decir, Johnson lleva en la isla un mes.

—Sí.

—Deme su descripción, por favor.

Wheeler lo hizo así. Gleason sonrió.

—Es el mismo, no cabe duda —dijo después—. Yo había tenido razón: Jim Rubio se esconde en la isla.

—¿Quién es Rubio, señor Gleason?

—El hombre que se hace llamar Johnson. Pero, probablemente, tampoco es su nombre auténtico. Lo que no me explico es cómo puede entrar y salir de la isla, sin hacer sonar las alarmas o, por lo menos, sin que alguno de ustedes lo sepa. Claro que Casey le ayudará, ¿no es cierto?

—Sí, seguro. Además, su estancia es un tanto irregular. A veces, falta dos días. ¡Caramba, cualquiera diría que es un recomendado de categoría!

—Lo es, no le quepa duda, Roy —sonrió el joven—. ¿Habrá resultado notoria su salida de hoy?

—Oh, no. Regularmente, salimos mi esposa y yo juntos. Ella está ahora en la peluquería. Luego haremos unas compras, iremos al cine... En fin, lo que se hace en un día libre.

—Vigile a Johnson, pero con el máximo de discreción. No me avise por teléfono; no dé a entender en absoluto que ha estado aquí. En todo caso, si se tratase de algo muy urgente, procure ver a su esposa y que ella le comunique lo que sea a la señora Holmonton. ¿Entendido?

—Descuide, señor Gleason.

El joven se quedó solo. Había introducido, creía, una cuña en la protección de Rubio. Wheeler le había parecido de absoluta confianza, mucho más que Casey de quien había dudado casi desde el primer día.

* * *

Transcurrió otra semana. De pronto, Gleason recibió una llamada de la señora Holmonton:

—Johnson irá a la ciudad esta noche.

—¿Sabe la hora?

—Hay dos vigilantes que tienen el día libre. Se irán después de la cena. Volverán al amanecer

—Son jóvenes y solteros, ¿no?

—Sí, claro. ¿Por qué lo dice?

Gleason se echó a reír. Faith se ruborizó visiblemente.

—Creo que he hecho una pregunta tonta —dijo.

—No se preocupe. Siga su vida normal.

Gleason pensó que resultaría inútil aguardar a Rubio en la ciudad. Habría sitios de sobra donde esconderse, le aguardaría al regreso, decidió finalmente.

Clara llegó poco más tarde.

—Me invitas a cenar, supongo —dijo desenvueltamente.

—Te invitaría a algo más, pero sé que lo vas a rechazar —contestó él.

—Tipo lujurioso —le apostrofó la joven—. ¿Es que no sabes pensar en otra cosa?

Gleason la miró de pies a cabeza.

—Eres horriblemente perturbadora —contestó—. En fin, te invito a cenar y ya procuraré pensar en otra cosa.

—Por ejemplo, en el asesino de Holmonton.

—Precisamente confiaba en ti para que me ayudases a olvidarlo durante algunas horas. ¡No puedo quitármelo de la cabeza!

Clara se le acercó y acarició su mejilla con la mano.

—Te permito un beso, pero nada más —sonrió suavemente.

—Eso es como dar un dedal de agua al náufrago sediento —dijo él.

—A veces, una gota de agua puede salvar una vida. ¿Aceptas o no?

Gleason la abrazó con fuerza y buscó sus labios ávidamente. Pero Clara se separó muy pronto, apenas notó que las manos del joven se separaban de su cintura, para buscar otras regiones anatómicas muy apetitosas.

—Suficiente, Mike —dijo, muy colorada—. Anda, termina de vestirte y vamos a cenar.

—Me has dejado con la miel en los labios —suspiró él.

—Otros no tuvieron ni eso —contestó Clara maliciosamente.

Después de la cena, la acompañó al hotel, Estuvieron charlando un rato en los jardines, disfrutando de la agradable temperatura y luego Clara manifestó sus deseos de acostarse. Tras despedirse, Gleason tomó el camino de Pyramid Island.

CAPÍTULO XI

ENTUMECIDO, consultó su reloj.

Eran las cuatro de la madrugada. Aún faltaba una hora para el amanecer.

Rubio no había llegado todavía. Gleason estaba escondido en unas rocas, situadas casi debajo del estribo del puente que, suponía, alguien haría bajar para que Rubio pudiera pasar a la isleta.

Se preguntó si no sería una tontería perder una noche de vela en aquel lugar, sin saber a qué hora llegaría el asesino. En realidad, no era tiempo perdido.

Rubio llegaría separado de su otro compañero. Seguramente, Casey saldría a recibirle. Entonces podría verles juntos. Sería otra prueba más que un día podría presentar al formular la acusación.

De repente, observó un movimiento en las aguas, muy tranquilas en aquellos momentos.

Alguien nadaba hacia la isleta. Gleason se enderezó un poco.

Segundos después, el sujeto llegó a la otra orilla. Gleason observó que estaba completamente desnudo.

Era Rubio, no le cabía la menor duda. Le vio trepar por las rocas y dirigirse a un arbusto, del que sacó una bolsa de lona. Rubio extrajo una toalla, con la que se secó rápidamente. Luego sacó sus ropas que había dejado allí y se vistió con el uniforme de vigilante.

Se preguntó si habría desconectado la alarma de la faja de presión en el camino que conducía a la cima. Pronto tuvo la respuesta.

La bolsa contenía también una cuerda con un gancho. Rubio caminó una docena de pasos y se detuvo a dos metros de un árbol de grueso tronco, trasplantado a Pyramid Island a un precio que casi hizo sentir escalofríos al detective.

Rubio lanzó el gancho a una rama situada a cuatro o cinco

metros del suelo. Probó la tensión de la cuerda y, satisfecho, se suspendió de ella y tomó un poco de carrerilla. Luego salló, pendiendo de la cuerda como una araña de un hilo de seda.

—Ni Tarzán lo habría hecho mejor —murmuró Gleason, admirando la astucia del sujeto. Era un hábil truco para salvar la faja de presión. Pero se preguntó por qué diablos había tenido que hacer una cosa semejante, cuando podía haber regresado a cara descubierta, utilizando el puente levadizo, como lo haría el otro vigilante.

Rubio se perdió en la oscuridad, hacia arriba. Gleason abandonó su escondite y empezó a buscar entre las rocas.

Un cuarto de hora más tarde, encontró una bolsa que contenía algunas prendas de ropa. Había una camisa, calzoncillos, unos pantalones, calcetines y un par de zapatos. Dejó todo tal como lo había encontrado, defraudado en parte por no haber hallado el menor rastro que le permitiera saber lo que Rubio había podido hacer en la ciudad.

Las primeras luces del nuevo día se advertían ya en el horizonte. Cansado, emprendió el regreso a pie. Tenía el coche a más de un kilómetro de distancia, prudentemente aparcado en un lugar discreto. Casi era de día cuando regresó a su casa.

Sacó la llave de la puerta. Se disponía a abrir, cuando vio algo en el suelo, sobre el felpudo.

Se agachó lentamente. Era una tira de fósforos de un local que conocía aunque frecuentaba escasamente: el Iceberg. Gleason no recordaba que le hubieran ofrecido nunca una carterita de fósforos en aquella taberna.

Entornó los ojos, repentinamente desaparecido el cansancio que le abrumaba. Alguien había estado en su casa.

Rubio, se dijo inmediatamente. No podía ser otro. Agachándose un poco, examinó con toda atención la cerradura. Había unas levisimas rayas, que indicaban la manipulación por alguna herramienta. Rubio había entrado en su casa, ya no cabía duda. Pero, ¿a qué?

El cabello se le erizó en la nuca, al captar la sensación de peligro. El asesino le había preparado una trampa mortífera.

Por otra parte, Rubio era hombre descuidado. La pérdida de la tira de fósforos no era lógica. Tenía la sensación de que lo había

hecho para advertirle de su estancia en la casa. Pero era algo incomprensible.

De pronto, sonrió.

Ahora, lo lógico era dar media vuelta y entrar por la puerta posterior. La trampa estaba en la parte trasera.

¿Una bomba?

Rubio procuraba no repetirse. Era su norma, que procuraba seguir con la mayor rigidez posible. Pero si no era una bomba, ¿qué otra cosa podía ser?

Arriesgándose a todo, insertó la llave en la cerradura. Abrió, y al mismo tiempo saltó a un lado.

No ocurrió nada. Sus sospechas se habían convertido en certidumbre.

Lentamente, avanzó hacia la cocina. La puerta estaba entreabierta. Asomó la cabeza y vio la trampa.

Sintió frío al ver el hilo metálico que partía desde la puerta trasera a la pared opuesta. Asomando más la cabeza, vio un grueso tubo, de unos diez centímetros de diámetro por sesenta de largo, situado perpendicularmente a la pared. El hilo metálico acababa en aquel tubo.

Tras unos segundos de reflexión, fue al dormitorio y regresó con una almohada, que colgó de la parte interior de la puerta, procurando no tocar el hilo en ningún momento. La almohada había quedado justamente frente a la boca del tubo.

Luego buscó una escoba. Alargó el brazo y, con el extremo del mango, dio un fuerte golpe al cable, muy tenso.

Se oyó un fuerte chasquido. Una docena de objetos brillantes cruzaron zumbando el aire y se clavaron en la almohada. Gleason contempló los dardos metálicos con la boca abierta.

Se explicaba la inactividad de Rubio, pensó. Durante aquella semana, el sujeto se había dedicado a preparar la trampa mortífera, los dardos, de unos quince centímetros de largo, hechos de trozos de varilla estriada de acero y con la punta afilada a mano, cubrían una superficie no mayor que su propia mano. Doce dardos le habrían alcanzado el corazón, matándolo instantáneamente.

Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de su rostro. Rubio era un elemento infernal. ¿No iba a encontrar la forma de derrotarle?

Pero casi más importante era saber por cuenta de quién

trabajaba. Porque tenía la seguridad de que Rubio no hacía aquellas cosas por cuenta propia, aunque, eso sí, gozaba de una amplia iniciativa.

¿Quién era el culpable?, se preguntó una vez más, completamente descorazonado.

—¿Cuándo diablos podré tener todos los informes? —masculló irritado.

Era algo vital si quería tener éxito en su misión.

* * *

Por fin, dos semanas más tarde, Frankie Ruddel *el Lento*, anunció su regreso.

Slawski llamó al día siguiente. Aquella misma tarde, apareció Jack Teene, alias Músculos. Gleason le vio más delgado y ojoso.

—Has trabajado mucho —observó.

Músculos elevó su mirada al ciclo.

—¡Que aspiradora! —comentó—. Eso no es una mujer, es un volcán. Pero tiene de bueno una cosa: trabaja como un diablo. Ahora que cuando llega la hora del descanso... tampoco descansa.

Gleason se echó a reír.

—Has lomado informes, supongo.

Músculos le entregó una carpeta.

—Ahí tienes hasta la marca de compresas que usa en los días críticos —dijo riendo. Empezó a caminar hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió—: Me ha propuesto que sea su ayudante personal, ¿sabes?

—¿Piensas aceptar?

Teene negó vigorosamente con la cabeza.

—¡Noooo...! Quiero vivir muchos afros... Si aceptase el empleo que me ha propuesto Sylvia Renford, me fundiría en un par de meses. Ahora me voy a ir a la montaña una semana de convalecencia: noches tranquilas, buenos alimentos...

Músculos se marchó. Sonriendo, Gleason empezó a examinar los informes sobre el único sospechoso perteneciente al sexo femenino.

Stanley Jig O'Hara llegó dos días después. Con todos los informes en la mano, Gleason empezó a pensar en la forma mejor de desenmascarar al culpable.

Clara llegó aquella misma tarde. Al enterarse del problema que

tanto le preocupaba, dijo:

—La solución es bien sencilla —y se la explicó.

Gleason se rascó la mejilla pensativamente.

—Tengo que contar con ella —manifestó.

—Entonces, ve a verla a Pyramid Island. Por muchos aparatos de interferencia que instale Channing, siempre es mejor hablar cara a cara.

—Sí, tienes razón. Llamaré para avisarle mi llegada.

Cuando se disponía a utilizar la línea del satélite, se volvió hacia la joven.

—Y no es necesario que acudan los ayudantes personales —dijo—. Están completamente descartados.

Movió la mano.

—Apártate, no quiero que ella vea que estás en mi casa —indicó.

—No hacemos nada incorrecto —protestó ella.

—Eso es lo malo —suspiró Gleason.

* * *

Los invitados iban llegando sucesivamente a Pyramid Island y eran recibidos personalmente por Casey. Se intercambiaban saludos y bromas y preguntas sobre la salud respectiva. A Sylvia Renford alguien le dijo que estaba más guapa que nunca. La mujer, elegante, muy sofisticada, se esponjó. Gleason observaba la escena y pensó que Sylvia echaba de menos a Músculos. Teene, tal como le había dicho, estaba en la montaña, convaleciendo de cinco semanas de incesante ejercicio amatorio.

Los huéspedes fueron a sus habitaciones para asearse y cambiarse de ropas. En la explanada, sobre el césped, había encendida una gran hornilla, para la barbacoa que iba a ser el plato principal de la cena. Luisa Wheeler se ocupaba de preparar la carne. Dos de los vigilantes estaban en sendos rincones, inmóviles como estatuas.

Melville Hugues fue el primero en aparecer, vestido con un polo rojo y pantalones de hilo. Luisa Wheeler le sirvió un Martini.

Phaid llegó casi enseguida. Hodghills apareció cinco minutos más tarde. La última en llegar, cuando ya la anfitriona departía entre sus invitados, fue Sylvia Renford, espectacularmente ataviada con un traje que parecía de falda y que no era sino unos pantalones

en cuya confección se habían empleado dos docenas de metros de tela muy transparente. Orgullosa de sus encantos físicos, no usaba sostén. Los anchos tirantes de los pantalones eran la prenda superior de su indumentaria.

—Y bien, Faith dijo Sylvia, después de un trago de su copa—, ¿cuándo empezamos a discutir el tema de la reunión? Debe de tratarse de algo muy importante cuando nos has hecho venir a los cuatro hasta aquí, ¿no?

—Sí, en electo, pero antes, permíteme que te presente a mi nuevo consejero legal, Michael Gleason —contestó la dueña de la casa—. ¿Señor Gleason?

El joven se adelantó un par de pasos. Su brazo derecho estaba sujeto por un pañuelo colgado al cuello.

—Señora, caballeros... —saludó cortésmente a medida que Faith hacia las presentaciones—. Lamento no poder estrecharles la mano, pero un reciente accidente me ha privado, por el momento, del uso del brazo derecho.

Sylvia le miró con ojos apreciativos.

—Es un buen mozo —calificó a media voz.

Gleason sonrió. Sylvia no era una belleza estrictamente, pero si poseía un terrible atractivo sexual. Al ver la expresión de su rostro, comprendió que Músculos se hubiese retirado a reponer fuerzas.

—No lo he elegido por guapo, sino por inteligente —dijo Faith, secamente.

Sonaron algunas risitas. Hodgills adelantó un par de pasos.

—Faith, ¿hemos de suponer que a partir de ahora, vamos a estar bajo el control del señor Gleason? —preguntó un tanto irritado.

—Frank, el señor Gleason te explicará mejor que nadie los motivos de su presencia en esta casa —respondió Faith.

—Acaso nos va a anunciar la venta de todas tus empresas... —gruñó Phaid.

—No, señor —dijo Gleason serenamente—. Estoy aquí por un motivo muy importante, más aún que las empresas que pertenecieron un día a Holmonton. En resumen, mi presencia aquí se debe a que voy a descubrir al hombre, a la persona que planeó el asesinato de Reginald Purvis Holmonton.

Hugues se echó a reír.

—La policía no lo ha conseguido en un año y usted, un simple

abogado de tres al cuarto, nos va a decir que conoce a ese sujeto.

—Pues sí, en efecto, así es, por extraño que pueda parecerles. Lo he descubierto y pienso señalar su nombre muy pronto —contestó Gleason sin inmutarse.

Con el rabillo del ojo vio a Casey a diez o doce pasos de distancia. En la esquina del edificio principal había alguien escondido. Rubio, pensó.

—Bueno, suéltalo ya, buen mozo —pidió Sylvia Renford, mirándole por encima de su copa—. Estoy ardiendo de curiosidad por saber cuál de nosotros es el que eliminó a Reggie.

—A primera vista, podría parecer que se trata de un hombre —dijo Gleason—. De los tres altos ejecutivos, uno es soltero y dos se han divorciado recientemente. Cualquiera de ellos podría aspirar a la mano de la señora Holmonton, joven, muy hermosa e inmensamente rica. Pero si consiguiera casarse con ella, se convertiría en el marido de una asesina. ¡Porque ella y no otro fue la que asesinó a su propio esposo!

CAPÍTULO XII

UN súbito silencio se abatió sobre la explanada. Sylvia miraba al joven con los ojos muy abiertos. Los hombres parecían aturridos.

—No lo puedo creer —Hugues fue el primero en romper el silencio.

—¿Ella, una asesina? —dijo Hodghills.

—¡Absurdo! —barbotó Phaid.

Sylvia adelantó el busto.

—Buen mozo, si Faith mató a su marido, ¿por qué lo hizo?

—Por dos motivos muy importantes —contestó el joven sin pestañear—. Primero, tenía un amante...

—Faith, me decepcionas —dijo Sylvia—. He de admitir que intenté cazar a tu marido en más de una ocasión. Hice todo lo que pude, pero él estaba locamente enamorado de ti y ni siquiera me tocó el día en que me encontró desnuda en la cama. Él fue un esposo absolutamente fiel y tú tenías un fulano.

Faith permanecía callada, muy tensa, con los labios prietos. Hodghills dio un paso hacia adelante.

—Gleason, diga el nombre de ese individuo —exigió.

—Porque en tal caso, resulta evidente que fue cómplice del asesinato —dijo Phaid.

—Un momento —terció Hugues—. Antes ha dicho que Faith tenía dos motivos para matar a su marido. Pero solo conocemos uno. ¿Cuál es el otro?

—La hija de Holmonton.

De nuevo se produjo un movimiento de estupefacción en todos los presentes. Sylvia respingó.

—Una hija secreta —exclamó.

—Así es —confirmó Gleason sin pestañear—. Faith se enteró hace tiempo y supo también que Holmonton, después de muchos

años, pensaba reconocerla y darle lo que legítimamente le pertenecía. Holmonton pensaba otorgar un nuevo testamento, lo que automáticamente privaba a la esposa, cuando menos, de la mitad de la inmensa fortuna. Faith se sintió herida en su amor propio y por ello planeó su asesinato. Y lo ejecutó con la ayuda de un cómplice, experto en explosivos y en otras cosas. Si no es así, ¿cómo se explica la trampa explosiva que mató a Holmonton?

—Es fantástico —dijo Sylvia—. Yo nunca lo hubiese creído...

—Podrá probarlo, Gleason —intervino Hodghills agriamente.

—Claro que sí —sonrió el joven—. ¿Me atrevería a lanzar esa acusación sin pruebas suficientes?

—Bueno, preséntelas, por todos los diablos —pidió Phaid.

—Lo siento.

—¿Cómo? ¿Es que se atreve a acusar a una persona, sin poder demostrarlo concluyentemente? ¿Qué clase de abogado es usted?

—Yo no he dicho que no vaya a presentar las pruebas. Simplemente quise decir que las presentaré en su momento.

—¿A quién?

—A la policía, hombre.

Phaid se mordió los labios. Hugues volvió a hablar.

—¿Piensa llevarla usted mismo arrestada a Clearwater?

—La policía está avisada. Ya llegará, no se preocupe.

—Necesito otro trago —dijo Sylvia—. Este asunto me enferma.

Luisa llenó de nuevo su copa. Gleason se volvió hacia la anfitriona.

—Lo siento, pero va a tener que pagar lo que hizo —dijo.

Repentinamente, se oyó un grito agudísimo.

—¡No, ella no es la asesina! ¡Esa mujer es inocente!

* * *

Todos los rostros se volvieron en el acto hacia el que había proferido aquella exclamación. Melville Hugues estaba palidísimo y sudaba copiosamente, a la vez que temblaba como un azogado.

Gleason sonrió.

—¿Cómo sabe usted que Faith es inocente? —preguntó.

Hugues vaciló.

—No... no puedo consentir que ella vaya a la cárcel...

—Porque la ama, ¿verdad?

—Sí...

Repentinamente derrumbado, Hugues se echó a llorar.

—Yo la amaba locamente... Creía que se enamoraría de mí después de viuda... Pero me equivoqué terriblemente...

Sylvia tenía la boca abierta.

—De modo que fuiste tú —dijo, atónita—. Buen mozo, ¿a qué viene esta comedia de equívocos? —preguntó a Gleason.

—Siempre me imaginé que había algo más que dinero en la muerte de Holmonton —respondió el interpelado—. Si se trataba de un caso de enamoramiento, el amante silencioso de Faith tenía que querer lo mejor para ella.

—Y no podía permitir que fuera a la cárcel.

—Si usted estuviese enamorada de un hombre, ¿no desearía lo mejor para él?

Sylvia sonrió imperceptiblemente.

—Astuto individuo —calificó—. Nos ha hecho tragar el cuento mejor urdido que he podido escuchar en los días de mi vida. Pero Hugues es una nulidad hasta para usar un simple destornillador. Tuvo que ayudarle otro. ¿Quién fue?

—Un hermanito suyo, una verdadera alhaja, al cual Faith no le importaba en absoluto, salvo por el dinero que pudiera conseguir. Hugues, ¿cuál es el nombre de su hermano?

—Jim...

—Sí, se hace pasar por Jim Rubio y también por Mark Johnson. Jim esperaba que su hermano pudiera casarse un día con la viuda y entonces se convertiría en el dueño de las empresas Holmonton. Para Jim, hubiera representado un auténtico chorro de oro. Claro que Melville lo sabía y aceptó el plan propuesto por su hermano; por eso es tan culpable como él.

»Solo alguien introducido en este ambiente podía saber que Faith, cansada de esperar a que la policía encontrase al asesino de su esposo, había decidido encomendar la investigación a otra persona. Por eso, apenas me contrató ella, empezaron los contratiempos para mí. Jim tenía un cómplice en la isleta y este fue quien le avisó, y vino inmediatamente, para enterarse del investigador que el abogado Menefee había seleccionado para investigar el caso.

»Por supuesto, Jim había estado en Clearwater en anteriores

ocasiones, incluso empleándose en la compañía de construcciones, de la que sustrajo los cartuchos de dinamita que le sirvieron para preparar la trampa. Jim, asimismo, fue el que provocó, con una medicina apropiada, la colitis que sufrió Channing y que le impidió venir a reparar el televisor, estropeado por su hermano, ya que él, lógicamente, no podía tener acceso al despacho de Holmonton. Jim indicó a Melville la forma en que debía provocar la avería y este lo hizo así. Entonces, cuando Holmonton llamó a Channing... Bueno, el auténtico reparador no llegó nunca. Jim ocupó su puesto.

Gleason se volvió hacia Hugues, que permanecía anonadado.

—Se conserva la grabación del diálogo entre Holmonton y Jim. La voz de Jim es inconfundible. Su hermano es un sádico; quiso oír la explosión por teléfono. Naturalmente, había sincronizado su reloj con el del despacho, para poder anunciar a Holmonton el instante de su hora final. El resto, los intentos de asesinato contra mí, la muerte del abobado Menefee, la de Diana Green... todo eso no son más que la consecuencia de un hombre que se sentía acorralado y que quería eludir a toda costa la acción de la justicia. Ahora, incluso, está empleado aquí, como vigilante.

Gleason se volvió.

—¿No es cierto, Casey?

El jefe de los guardias estaba lívido. Gleason añadió:

—Hace unas cuantas noches, Jim dijo que iba a salir, porque era su día libre. Luego declaró sentirse indispuesto y se quedó en su dormitorio, pero, en realidad, quería ir a la ciudad sin ser advertido. Había encontrado un bonito método para eludir la faja de presión. Le vi utilizarlo; ni Tarzán lo haría mejor, cuando saltaba de árbol en árbol, colgado de las lianas. Y si quiere, le enseñaré también dónde hay una bolsa con ropas y una cuerda con un gancho. Podríamos ir asimismo al taller de reparaciones de la isleta, en donde encontraríamos las herramientas para preparar la trampa de los dardos. Fue muy inteligente, incluso cuando dejó caer ante la puerta de mi casa una tira de fósforos, para que yo creyese que la trampa estaba allí y no en la puerta posterior, que era donde había sido instalada realmente. ¿Por qué no le cuenta todo eso, Casey?

Hubo un instante de silencio. Luego, Hugues, meneando la cabeza, dijo:

—Yo no quería, Faith... Te juro que no quería, pero Jim es un

verdadero demonio...

De repente sonó un agudo grito:

—¡Maldito imbécil! Lo has estropeado todo, todo... Sí, soy un demonio y te voy a mandar al infierno...

Jim había aparecido de pronto. A diez pasos de distancia, hizo fuego contra su propio hermano.

Entonces, sorprendentemente, Gleason sacó el brazo del cabestrillo, echó atrás la mano y lanzó algo hacia adelante con todas sus fuerzas.

Jim aulló al sentir atravesado su hombro derecho por uno de los dardos que él mismo había fabricado. Su mano perdió repentinamente la fuerza y la pistola cayó al suelo. Pero era hombre de reacciones rápidas y se arrancó el dardo con la mano izquierda, a la vez que giraba sobre sus talones y echaba a correr, en medio de una espantosa confusión.

Gleason corrió también y agarró la pistola caída en el suelo.

Gritó:

—¡Wheeler, detenga a Casey!

Casey se sentía abrumado, incapaz de oponer la menor resistencia, Gleason corrió frenéticamente detrás del asesino. Pensaba que Jim había sabido desde siempre que su hermano estaba enamorado locamente de Faith y ello le había dado la idea de matar a Holmonton. Pero sus planes habían empezado a derrumbarse en el momento en que se enteró que Faith no accedería jamás a convertirse en la señora Hugues.

Jim era rápido, pero Gleason no le iba a la zaga. Una o dos veces hizo disparos al aire. Jim, sin embargo, no se detenía.

Segundos después, Jim llegaba a la orilla, a unos cincuenta metros al sur del puente, izado en aquel momento. Sin vacilar, se echó al agua y empezó a nadar hacia la otra orilla.

Una aleta triangularle movía perezosamente en la superficie. De súbito, se disparó hacia adelante a toda velocidad.

Gleason se quedó helado. ¡Así, pues, había también tiburones auténticos!

Bruscamente, Jim sacó medio cuerpo fuera del agua, a la vez que aullaba horriblemente. El escualo tiró implacablemente de sus piernas. Jim manoteó desesperadamente durante algunos segundos, mientras el mar se teñía de rojo a su alrededor. Luego desapareció

en medio de un enorme remolino de espuma de un siniestro color escarlata.

Todavía asomó una mano durante un instante. Luego, la superficie del mar empezó a recobrar su aspecto pacífico.

Lentamente, Gleason emprendió el regreso a la cima. Cuando llegó arriba, se enteró de que Melville había muerto.

* * *

—Eres un tipo que conoce bien la psicología de las personas —dijo Sylvia Renford al día siguiente, por la tarde—. ¿Cómo llegaste a saber que Rugues estaba implicado en la muerte de Holmonton?

Gleason contempló su copa durante unos segundos. Luego alzó la vista.

Un poco más allá, Faith y Clara charlaban animadamente. Annabel Holmonton llegaría dos días más tarde a Pyramid Island. No habría problemas entre la viuda y la hija de Holmonton, lo cual, si bien se miraba, no dejaba de resultar altamente satisfactorio.

Faith se consolaría con el tiempo. Tenía una vida por delante, pensó.

—Te he hecho una pregunta —insistió Sylvia.

—Oh, perdona... Estaba distraído...

—Bueno, habla ya de una vez.

Gleason sonrió.

—Músculos, quiero decir, Jack Teene, te investigó a ti. Otros de mis ayudantes investigaron a los restantes directivos. Rugues era el único soltero, pero los otros se habían divorciado, esperando cada cual convertirse en el sustituto de Holmonton.

—El divorcio merecía la pena si daba resultado —rio Sylvia—. Sigue, por favor...

—Los tres habían hecho sendas proposiciones de matrimonio a Faith, pero ella les había rechazado siempre. Hubo instantes en que sospeché de ti; podías haberlo hecho por celos y por despecho, pero te descarté en cuanto supe que no te gustaba estar atada a ningún hombre, por mucho dinero que tenga.

—Sin embargo, hay uno que me vuelve loca —suspiró ella.

—Músculos es diez años más joven que tú.

—La edad no importa, cuando hay amor.

«Una mentira como una casa», pensó Gleason. Lo que Sylvia

quería era un macho. Pero Músculos había quedado más que harto de aquella absorbente cuarentona...

—Es posible —convino con toda naturalidad—. Sin embargo, al estudiar los informes de mis agentes supe que Hugues tenía un hermano con antecedentes penales y policiales, expulsado del Ejército por mala conducta. Había servido en Zapadores y era experto en demoliciones y comunicaciones.

—Eso no es suficiente —adujo Sylvia.

—No, no lo es, a menos que se piense en la debilidad de carácter de Muges. Era inteligente, pero muy dúctil y no en un sentido diplomático, sino en el sentido de dejarse llevar por alguien que tuviese más energía que él. Podía dirigir la empresa que le confió Holmonton, pero, en realidad, el verdadero ejecutivo es Lita Durrin. Holmonton, a veces, también se equivocaba al elegir a sus principales colaboradores. Sin Lita, Hugues no habría llegado tan alto.

—Está casada felizmente —dijo ella.

—Lo cual la excluía también de la lista de sospechosos Pero es muy inteligente, activa y enérgica. Diré a Faith que la nombre para el puesto de Hugues. Se lo merece.

—Eres un tipo estupendo. Me gustaría tenerte como asesor legal.

—Gracias, pero mis planes son muy distintos,

Sylvia sonreía de modo especial.

—Bueno, no vas a empezar a ponerlos en práctica inmediatamente —dijo con acento harto significativo—. ¿Por qué no cenamos esta noche en mi hotel? —propuso.

De repente, alguien se interpuso entre la pareja.

—Perdón, señorita Renford, pero el señor Gleason se va a acostar conmigo esta noche —dijo Clara.

El joven respingó.

—¡Caramba! —fue todo lo que supo decir.

Sylvia miró críticamente a la muchacha.

—No se puede competir con la juventud —se lamentó.

Clara se echó a reír. Abrió su bolso y sacó un papel, que blandió alegremente.

—Por supuesto, si el señor Gleason quiere disfrutar de mis encantos físicos esta noche, antes tendrá que cumplir con ciertos requisitos legales.

—¡Abogados! —bufó Sylvia

—¿Qué requisitos? —preguntó Gleason.

El papel se agitó de nuevo.

—Es una licencia de matrimonio —dijo Clara.

Gleason la agarró por el brazo.

—En el camino hacia la ciudad vive un juez de paz —exclamó.

Echaron a correr. Faith se acercó a Sylvia.

—¿Adónde van? —preguntó.

—A casarse —contestó Sylvia melancólicamente.

—¡Y sin invitarnos! —resopló Faith.

—Si yo estuviese en el pellejo de esa chica, tampoco invitaría a nadie.

Faith sonrió.

—Tienes razón, querida —dijo.

Gleason y Clara se habían perdido de vista. Sylvia se volvió hacia la anfitriona.

—Me quedaré unos días. Tengo curiosidad por conocer a tu hija —manifestó.

—Estás en tu casa —contestó Faith sencillamente.

Los futuros esposos cruzaban el puente en aquel momento, con las manos unidas. Para ellos, pensó Faith Holmonton, había un reloj que señalaba el principio de su felicidad.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.